

Leg 13 pag 2

10
1027

SEGUNDO DISCURSO

SOBRE

LA EDAD MEDIA,

POR

MANUEL GONZALEZ RIAÑO,

Abogado del Ilustre Colegio de Madrid.

B. D. S. C.

TOMO 1.º

MADRID:

IMPRENTA DE LA VIUDA É HIJO DE AGUADO.—PONTEJOS, 8.

1875.

Doy gracias á la prensa periódica por los inmerecidos elogios que ha tributado á mi primer Discurso.

Se las doy tambien muy cordiales y espresivas á las numerosas personas que han favorecido mi produccion.

Me complazco en tributar un testimonio de pública gratitud al dignísimo Sr. Obispo de Osma, á ese varon de virtudes, que con valor tan inquebrantable viene defendiendo los sagrados derechos de la augusta Esposa del Cordero.

Envío un saludo de especial agradecimiento al nobilísimo Conde de las Bárcenas, personaje que brilla con el precioso esplendor de las virtudes cristianas, y que consagra todos los momentos de su existencia á socorrer al desvalido y á enjugar las lágrimas de los que sufren tribulacion.

Manifiesto tambien mi reconocimiento al agregio caballero montañés Sr. D. Manuel de la Roza.

548

548

548

SEGUNDO DISCURSO.

—

ORIENTE.

~~~~~

#### CAPITULO VII.

Roma se descine de su inmenso poderío.—Constantinopla.—Feliz comienzo de esta ciudad.—Su soberbia satánica y sus depravaciones.—Castigos que siguen á la corrupcion de los pueblos.—Consideraciones sobre tan importante materia.

Vamos á trasladar nuestra mente á las hermosas comarcas orientales, y á contemplar el áureo trono que Constantino engastó en la region mas galana de la tierra.

Roma se cansó de lanzar cadenas sobre el mundo, se sintió fatigada de ejercer la universal dictadura, y desciniéndose de su inmenso poderío y fastuosa grandeza, lo colocó todo en las tiernas sienes de la hermosa Bizancio. Cual tierna madre que se desprende de lo mas preciado y hermoso que posee para engalanar con ello

T. I.



HTCA

U/Bc LEG 13-2 nº1027



1>0 0 0 0 5 1 9 5 9 3

UVA. BHSC. LEG. 13-2 nº1027



á la hija de su amor, así Roma aparta de su lado las sublimes grandezas que la hacian tan admirable, para adornar con ellas la hermosa frente de su jóven sucesora.

Despues de haber humillado al mundo y de tenerle postrado á sus plantas durante larguísimo período, abdica el cetro del Universo, le arroja fuera de sí como mueble usado, y siguiendo el ejemplo de uno de sus mas grandes tiranos, del terrible Sila, se encierra cargada de trofeos en la soledad de los recuerdos. Para Roma no era cosa de valía tener encadenado al mundo conocido. Roma suspiraba por mas dilatados horizontes; queria subyugar todos los corazones con el peso del amor y tender sobre el mundo el manto de la libertad. No será ya esa mina inagotable de la que se extraian las cadenas para oprimir al orbe, no será la gran tirana de la tierra, por el contrario, será, como decia al final de mi primer discurso, la fiel depositaria de las santas libertades, la incansable defensora de los derechos del hombre.

Despues de haber engarzado todos los pueblos en su espada gigantesca, les devuelve la autonomía y la vida, y, con tan preciosos objetos, les da tambien una cosa de inestimable valor, les da todo lo que es necesario para estirpar de raiz la tiranía, y para levantar en su seno el santo imperio de la libertad.

La universal dominadora se oculta tras sus desti-



nos, pero no para desaparecer, sino para lanzar su hermosa luz sobre otro mundo distinto, sobre el inmenso mundo de los espíritus.

Es como el sol que cuando la asombrada vista le contempla hundiéndose detrás de erguidas montañas, no es para desaparecer, sino para arrojar torrentes de hermosa luz sobre regiones opuestas. La que fué opresora de todas las naciones se arrepiente de su despotismo, quiere castigar su antiguo proceder convirtiéndose en égida del universo, y en ardiente patrocinadora de su libertad. Si antes atisbaba el punto donde podia aparecer un pueblo para abrumarle rápidamente con las cadenas de la esclavitud, ahora se remonta como hermosa águila á las inconmensurables alturas de la religion, y desde ellas tiende la vista por el orbe y observa con la mayor detencion si hay en él alguna porcion de tierra trabajada por la tiranía y por la ignorancia para sacarla prontamente de tan deplorable estado.

Es decir, que por doce siglos de cruel despotismo nos ha dado una eternidad de progreso y libertad.

Roma renuncia, pues, al papel de tirana y traspasa sus derechos y poderío á Bizancio.

¡Feliz comienzo tiene esta ciudad! La señora de la tierra la envuelve en la púrpura augustal, y uno de los mas grandes personajes históricos la administra el bautismo de gloria, grabando su nombre ilustre en la hermosa frente de aquella jóven sultana. ¡Nombre eterna-



mente glorioso, porque le repite con asombro la historia y le pronuncian con amor todas las generaciones!

Esta ciudad no tiene infancia. Por una providencia especial se eleva de un solo golpe al egregio puesto de que su antecesora descendiera.

Desde el primer momento la contemplamos con toda la hermosura de la juventud y con los encantos mas admirables de la grandeza. No empieza como Roma, siendo guarida de foragidos, sino que desde el primer instante queda convertida en suntuosa morada del mas illustre de los Césares, de aquel gigante de la guerra que tuvo el envidiable privilegio de ver escritos sus destinos, con letras de fuego, en la inmensidad de los cielos.

Constantinopla no se formó en la desgracia, no se curtió en el infortunio, fué hija de la grandeza y del esplendor. Por esto desconoció la austeridad, que fué la gran maza de que Roma se valió para demoler las fronteras de todos los pueblos y convertirles en vasallos sumisos de su autoridad.

Los pueblos y los individuos para ser grandes es necesario que sean azotados por el huracan de todas las adversidades. Cuando brotan de la molicie y se forman entre los esplendores de la suntuosidad, su existencia es raquítica á la par que efímera y pasajera. Son como esas brillantes ampollas que brotan en el agua y que desaparecen cuando la vista apenas ha tenido tiem-



po de observarlas. El dia que Roma perdió la austeridad, perdió tambien el dominio de los pueblos: el dia que un pueblo cualquiera pierde esa gran virtud, ó desaparece ó por lo menos cae en un abismo de desgracias.

Esta es una ley providencial que no ha sido nunca derogada y que estará en pleno vigor hasta la consumacion de los siglos.

Constantinopla, engreida con sus grandezas, enloquecida con su descomunal poder, se entrega sin disimulo á todo linaje de depravaciones y, en su soberbia satánica, pretende nada menos que hacer flotar su espíritu sobre la verdad santa que Dios trajo á la tierra. Por eso desde su origen ha sido horrible, pero justamente castigada; por eso no ha hecho nada en pro de la civilizacion; por eso fué siempre un asqueroso lupanar, desde el que unos cuantos sofistas escitaron la compasion del mundo civilizado.

El grande infame, que tuvo la audacia de negar la divinidad de Jesús, vomitó en ella sus entrañas corrompidas. Esto era ya mas que suficiente para dejarla convertida en sitio de horrores.

El genio de Nacianzo, el preclaro Gregorio compadecíase de la hermosa Tarso porque tenia la desgracia de albergar en su recinto los restos mortales del repugnante Emperador apóstata. Con cuánto mas motivo me compadezco yo de la desdichada Constantinopla, por



haber arrojado sobre ella aquel mónstruo de iniquidad todo lo mas asqueroso que contenia su cuerpo corrompido.

¡Mancha horrible que solo puede lavarse con la sangre de muchos mártires y con las lágrimas de numerosas generaciones!

La Ciudad que oyó impasible las horribles blasfemias que aquel mónstruo de iniquidad lanzaba contra Jesus, y que además le sirvió de tumba, digna era tambien de oír durante muchos siglos el lúgubre sonido de la tuba musulmana, y de albergar en su seno la barbárie que formara el sombrío genio de Mahoma.

Sobre la tumba de Arrio alza su arrugada frente el despotismo musulman, y esto no me produce sorpresa porque es ley histórica que sobre la impiedad levanta siempre su trono la tiranía.

Posible es que de esa misma tumba brote el negro trono que ha de ocupar el último aborto del infierno, el horrible Anti-Cristo.

Digna es la ciudad impía y prevaricadora por excelencia, de que en ella luzca su infernal grandeza el *hombre de iniquidad y perdicion* que nos pintó, con tan admirables colores, el afortunado hijo de María de Salomé.

Desde que Constantinopla aparece en la escena política, se la ve bambolear á los vientos del orgullo y mostrarse refractaria á todo lo que emanara de la Iglesia Santa.



El observador solo ve en su historia dos partes. La primera contiene sus inmensos crímenes y bajas perversidades. La segunda encierra los terribles castigos que la ira divina ha lanzado sobre ella: castigos que aún la tienen reducida á la triste condicion de esclava. Pretendió hacerse soberana no solo en el terreno temporal sino tambien en el espiritual, y solo consiguió uncirse al terrible yugo de los musulmanes. Pretendió ser reina absoluta de la tierra, y la justicia de Dios la convirtió en haren de los hijos del desierto.

Ahuyentada la verdad por un estado cualquiera, este siente un gran vacío imposible de llenar. En vano tratará de reemplazar el dulce contento que proporciona su posesion con el placer que produce la satisfaccion de las mas inmundas pasiones. Tarea inútil con la que solo conseguirá agrandar este vacío.

El pueblo que, como Constantinopla, quiere erigir su razon en árbitra suprema se desploma y perece.

Pretender encerrar la razon divina en el estrecho círculo de la humana, es un absurdo apenas concebible.

El individuo ó el pueblo que albergan tan estraviado pensamiento, son mas dignos de compasion que aquel hermoso niño á quien el grande Agustino contempló en la playa, empeñado nada menos que en tragar, con una cáscara, el inmenso Océano á un círculo reducido que su dedo infantil habia trazado.



Constantinopla tuvo semejante empeño, quiso también encerrar la incomparable grandeza de la fé en el mezquino círculo de su soberbia, y de ese delirio solo pudo sacarla el pavoroso estampido del cañon Orbin, que, cual lúgubre toque de agonía, repitió á su oido el fin de sus iniquidades y el principio de su terrible espiacion.

No impunemente los pueblos se rebelan contra la ley santa de Dios. Quizá durante algun tiempo pasen sin correccion sus crímenes y pravedades. Pero al fin surgen indefectiblemente un Nabucodonosor, un Ciro, un Tito, un Atila, un Genserico, un Mahoma, un Mahomet, que poniendo su pesada planta sobre las ruinas de las sociedades prevaricadoras, lanzan á los cuatro vientos aquel terrible grito: «¡Ay de los vencidos!»

Hé aquí una regla que tampoco tiene escepcion.

En efecto, no se presencia en la historia el repugnante espectáculo de un pueblo prevaricador sin presenciarse también el horrible espectáculo de su desolacion. A las iniquidades de Israel seguian (entre otra multitud de castigos) sus destierros, destierro que por cierto inmortalizaron en aquellos hermosos himnos, escritos con las lágrimas que arrancaba á su alma el dulce recuerdo de Sion. Cuando sus crímenes superaron todas las barreras de la iniquidad, aparece el hijo de Vespasiano, y con la sangre de aquellos ingratos borra á la privilegiada Judea del mapa de los pueblos



libres. A la insensata algazara, producida por la orgía que reina incesantemente en la Ciudad de los esplendores, en la brillante Babilonia, contesta el héroe de Persia vomitando sobre ella, por conducto del caudaloso Eufrates, el esterminio y la muerte. Si salvamos abismos de siglos y nos trasladamos al mas descomunal de los imperios ya sabemos de sobra que, despues de haber derramado mares de sangre cristiana, el Dios de las justicias lanzó sobre él un Océano de bárbaros, en el que se abismó con su inmenso poderío y con sus admirables grandezas. Cuando (dentro de poco) estudiemos la historia pátria, veremos con entera claridad que á la incomparable abyeccion gótica siguió aquella horrible catástrofe, cuyo siniestro rumor parecen conservar todavía las aguas del triste Guadalete. Si el Oriental imperio asombró á la historia con el espectáculo no interrumpido de sus horribles crímenes, esa misma historia presencia tambien aquel angustioso momento en que el mónstruo del desierto la unció al pesado yugo de la esclavitud.

Y cuidado que solo nos fijamos en los hechos de mas bulto, es decir, en las más espléndidas manifestaciones de la divina Justicia. Si fuéramos á consignar los castigos que han seguido á las prevaricaciones de todos los pueblos, nos haríamos interminables.

Pero hay mas: aun antes de aparecer esas figuras pavorosas en el firmamento de las sociedades corrom-



pidas, experimentan estas inenarrables aflicciones y sangrientas pruebas; aflicciones y pruebas producidas siempre por la mas brutal tiranía.

Decimos esto, porque desde el mismo instante que se holla la ley santa de Dios, queda tambien hollada la libertad de esas sociedades. Esa ley es el manantial de todas las libertades, es la maravillosa levadura que las tiene siempre frescas y las conserva incorruptas. Quitada esa ley, las libertades de los pueblos mueren, los derechos del hombre son cínicamente despreciados y sobre las ruinas de las unas y de los otros levanta su trono el despotismo mas opresor.

El poder, cualquiera que sea, que no reconoce esa ley santa, seguro es tambien que no reconoce los derechos de sus súbditos. Estos, lejos de ser considerados por él como hermanos, serán tratados como manadas de seres irracionales.

No es posible separar esa ley santa de la gobernacion de los Estados, sin que prontamente asome su terrible cabeza el mónstruo del Cesarismo, ó sin que se vean entregados á la imponente tiranía de las masas. Mientras esa ley sufrió prolongado eclipse, la personalidad humana fué ferozmente maltratada, y las naciones carecieron de faro que las iluminara y preservase de caer en los escollos del despotismo. Mas cuando aparece en los horizontes humanos, su hermosa luz hizo brotar de las entrañas de la tierra un mundo de



infortunados, y presentándoles á la faz de los tiranos, les dijo: estos, á los que oprimís tan dura y cruelmente, son hijos de Dios y hermanos vuestros, acreedores por lo tanto á toda clase de consideraciones y derechos. Y aquellos desdichados, cuyas carnes estaban terriblemente maceradas y cuyos pechos no habian dejado de lanzar un solo momento tristísimos ayes, contemplan llenos de gratísima emocion el cielo en cuyas inconmensurables alturas alberga su incomparable grandeza el Padre de las misericordias. Despues de rendirle homenaje de gratitud y veneracion, arrojan lejos de sí los repugnantes harapos de la esclavitud y estrechan con toda la efusion de su alma el hermoso signo de la libertad.

Aunque la humanidad no debiera á la Iglesia otro servicio, él solo sería mas que suficiente para hacer caer sobre ella las alabanzas de todas las generaciones.

Ya, pues, la personalidad humana no será atropellada por la impura planta de los tiranos, y si sucediera cosa tan desagradable, la voz del cielo, cayendo sobre ellos cual centella esterminadora, les precipitaría en los abismos de la espiacion.

Mientras esa institucion divina estuvo oculta tras los inescrutables designios del Eterno, déspotas crueles aherrojaron la libertad del hombre y lanzaron sobre los pueblos todos los furoros de la tiranía, sin que, del seno de esos pueblos humillados, salieran voces que protestaran contra tan injustificables atropellos.



Al contrario esas sociedades, azotadas por el deshonroso látigo del despotismo, se postraban cobardes ante aquellas opresoras majestades, y obedecían sumisas sus mas irritantes órdenes y sus mas ridículos caprichos.

Hasta la literatura y la poesía (como en otro discurso veremos) creadas, sin duda alguna, para cantar la hermosura de la virtud, el amor á la pátria y la grandeza de los verdaderos héroes, arrojaron sus hermosas flores en el inmundo lodazal del Cesarismo, y ofrecieron en el altar de la tiranía el incienso de la adulacion. Los poetas pulsaron las cuerdas mas armoniosas de sus liras para inmortalizar con dulces cantos la grandeza de aquellos mónstruos. Se equivocaron: sus cantos no eran necesarios para realizar este objeto. La cruel ferocidad de aquellos tiranos sobraba para hacerles inmortalmente odiosos en el ánimo de todas las gentes. De modo que esos cantos solo consiguieron inmortalizar la baja y asquerosa degradacion de sus autores.

La dignidad humana parecia haber sido demolida por el martillo de los tiranos.

El vasto mundo estaba azorado como tierno niño cuando cree tener delante de sus ojos fantasmas horribles. En él imperaba ese silencio aterrador que se apodera de la tierra al escuchar el imponente rugido de la tormenta, y que se prolonga hasta que concluye



de vomitar sobre ella los espantosos furoros que encierra en su seno insondable.

Mas apenas aparece esta institucion, los poderes opresores son severamente amonestados y de parte del cielo se les dice que cesen inmediatamente de vejarse á sus semejantes. Y si á pesar de tan justas observaciones continúan su odiosa tarea, entonces numerosas criaturas sufren horrible muerte por defender los sagrados fueros de la conciencia y por no ahogar los sentimientos mas puros del alma.

Un caso elocuentísimo se presenta á nuestra memoria entre los innumerables que consigna la historia. Caso que revela de una manera clarísima el cambio maravilloso que la ley de Cristo efectuó en las sociedades, y que contrasta con lo que pasaba en los tiempos anteriores á su aparicion, en que el mundo era un gigantesco ergástulo.

Un emperador ilustre, cuya grandeza llena la historia, dió orden para degollar á los habitantes de una ciudad populosa, porque en un motin criminal hicieron pedazos sus estátuas é insultaron de mil maneras á su autoridad. Esa orden espantosa estaba á punto de realizarse: la brillante ciudad iba á convertirse en dilatado lago de sangre, cuando un hombre desconocido, adornado con los atavíos de la pobreza, detiene á los representantes del augusto emperador y, con majestad asombrosa, les dice: «Hermanos míos, no se trata de



mi; nada soy; Dios lo es todo y Él es quien se queja. Comunicad de mi parte al emperador estas palabras. Tú reinas, pero saliste como todos del barro. Tú mandas á séres que son imágenes de Dios. Teme la indignacion del Criador si destruyes á la criatura.

¿Si estás ofendido porque derribaron tus imágenes, lo estará Dios menos cuando hayas roto las tuyas?

Las tuyas son insensibles, las tuyas vivas. Tus estatuas de bronce ya vuelven á estar en pié. ¿Pero tienes tú poder para resucitar muertos?»

¡Palabras sublimes que debian grabar en todas partes los jefes de los pueblos, y que no se oyeron jamás en la tierra hasta que la religion de Cristo difundió sus divinas enseñanzas! Ante su contemplacion no puedo menos de repetir lo que arriba decia. Aunque esta institucion santa no hubiera hecho otro servicio que restaurar en el hombre la dignidad atropellada y escardecida por los crueles é incesantes golpes que, sobre ella, descargó durante larguísimo período la pesada mano de la tiranía, él solo sería más que suficiente para que todas las generaciones la ofreciesen gustosas el suave incienso de la gratitud. ¡Palabras santas, inspiradas por el espíritu de caridad que impele á los hijos de la fe á sacrificarse, llenos de inefable júbilo, por salvar á sus semejantes, aunque para conseguir tan benéfico objeto, tengan que arrostrar los furores



de un déspota ó la barbárie de masas populares agitadas por la rábia del infierno.

Los injustos detractores de la Iglesia tienen especial cuidado en ocultar á los pueblos estos hechos admirables.

Se comprende tan censurable proceder. La grandeza de cualquiera de estos hechos tiene fuerza bastante para herir vivamente el entendimiento mas obcecado y el corazon mas repleto de perversidad; como la grandeza de ese hermoso cielo, sembrado de maravillas, tiene tambien fuerza bastante para hacer caer de hinojos al desgraciado ateo y obligarle á reconocer el poder inmenso de Aquel, cuya existencia negara en momentos de insensatez.

Pero ya se ve, es preciso difundir tinieblas para, con su auxilio, conducir al pueblo á los antros de la ignorancia y, una vez en ellos, pervertir su inteligencia, corromper su corazon, é inspirarle repugnancia y horror á todo lo mas santo y preciado que puede haber sobre la tierra.

Hé aquí por qué todas las sectas contrarias á la verdadera religion no han engendrado mas que mónstruos. Hé aquí por qué sus doctrinas, cayendo sobre los pueblos como furias destructoras, no han producido mas que el esterminio y la desolacion.

La mentira y la calumnia son la doble venda que ponen en los ojos de los pueblos los que se llaman sus



regeneradores, y á estos vicios repugnantes acompañan pasiones asquerosas que, una vez apoderadas de un pueblo, le lanzan con violento empuje hasta los límites de la licencia.

Este es el programa obligado de todas las sectas.

Empiezan siempre mintiendo, calumniando groseramente y desfigurando la historia con un cinismo propio de la causa que patrocinan. Para que sus insensatas predicaciones surtan el efecto que apetecen, propinan al hombre el ópio de todas las pasiones con objeto de adormecer primero y matar después su inteligencia; conseguido lo cual le arrastran con salvaje alegría por el campo de todos los vicios.

¡Triste destino el del error que para conquistar al hombre tiene que corromperle y sumirle en la sentina de la prevaricación!

¡Padre cruel que esconde á sus hijos el saludable pan de la verdad, dándoles en cambio con cruel complacencia el mortal veneno del pecado!

Pero emplacemos, para el discurso siguiente, á esas sectas detestables, y cerremos estas consideraciones que se deslizan de la pluma al tropezar con imperios como el que es objeto de nuestras consideraciones. Refractario constantemente á la ley divina, se vió sin cesar acometido por toda clase de desastres. Y como estos no fueran bastante para contenerle en la carrera del



crímen, Dios le envió esa gran calamidad que nosotros contemplamos con pena; Dios le afligió con esa horrible pesadumbre que todavía le abrumba.

Ocupémonos, pues, del Oriental imperio.



## CAPITULO VIII.

Observaciones previas.—Un recuerdo de admiracion á Constantino y Teodosio.—Muerte sublime de este último.—Reflexiones brevísimas sobre tan preclaro varon.—Separacion de los dos imperios.—Arcadio.—Su debilidad é ineptitud.—Rufino y sus increíbles bajezas.—El repugnante Eutropio.—Sus numerosos crímenes.—Pasmosa degradacion del imperio.—Un morador del desierto combate la baja tiranía de aquel miserable.

---

Contemplamos con admiracion pasmosa la caida del colosal imperio romano que se derrumbó al soplo del huracan bárbaro, cual edificio vetusto se derrumba tambien al sentir el choque furioso de la tempestad desoladora.

Ocupados en contemplar las catástrofes que cayeron sobre toda la estension de aquel inmenso imperio, no hemos podido medir los desastres que sufrió esta region favorecida por la naturaleza de una manera difícil de describir.

Cuando una inundacion desencadena sus iras incontenibles, no nos preocupa mas que la parte en que nos hallamos.

Cuando este furioso elemento abandona los dominios de que rápidamente se apoderó, entonces nos complacemos en dirigir nuestra vista hacia otros puntos



para contemplar los destructores efectos que ha producido la inundacion.

Cuando el voraz incendio estiende su accion terrible por todo un pueblo, este se precipita sobre el punto mas acometido y hace esfuerzos espantosos por arrancarle, digámoslo así, de las garras de tan consternador elemento.

Del mismo modo nosotros, al ver el fuego de la ira divina incendiar toda la tierra, hemos acudido al punto donde este tomaba mas colosales proporciones; y despues de haber leido á su siniestro resplandor los terribles juicios de Dios sobre los pueblos prevaricadores, nos proponemos convertir en campo de nuestras observaciones ese otro imperio cuajado de grandezas como el imperio fenecido y fecundo tambien en grandes enseñanzas. Vamos á presenciar grandes ejemplos y á demostrar con hechos elocuentísimos que los pueblos soberbios se estancan, se inmovilizan, no dan un solo paso en el camino del progreso. Mejor dicho, no lo vamos á demostrar nosotros, lo demuestra la historia.

Veamos qué fué de ese imperio oriental, y qué suerte le cupo en aquel espantoso diluvio que anegó toda la tierra.

Cuando el humilde Teodosio dejó de ensordecer al mundo con el ruido de sus triunfos, separáronse los dos imperios para no volver á unirse jamás.



¡Cosa digna de llamar la atención! Dos grandes gé-  
nios tuvieron en sus manos el cetro de estos dos mun-  
dos, después de haber arrollado en gloriosos combates  
las negras banderas de la tiranía. Constantino ahogó el  
poder del repugnante Licinio en las aguas del asiático  
Hebro, y Teodosio, el emperador grande por excelencia,  
tuvo la dicha de ver cómo el huracán de la ira divina  
ahuyentaba para siempre la fortuna del odioso Euge-  
nio en las eternamente célebres llanuras de Aquilea.

¡Qué combate el de Aquilea! Aquellos ejércitos nu-  
merosos quedaron inmovilizados ante una interven-  
ción tan directa del cielo, y miraron á Teodosio como  
á un sér superior á los demás. Los historiadores refie-  
ren con pasmo tamaño acontecimiento. A mí no me  
causa sorpresa, porque Teodosio era humilde, y los  
humildes son los hijos predilectos de Jesucristo.

¡Constantino y Teodosio! El primero, emperador de  
Occidente, conquista para sí las bellas regiones asiáti-  
cas. El segundo, emperador de Oriente, conquista dos  
veces el imperio romano: la primera se le cede á Va-  
lentiniano y la segunda, como no había sucesor legí-  
timo, le agrega á su corona.

De modo que Constantino, en nombre de Roma, se  
apoderó del Oriente, y Teodosio, en nombre de Cons-  
tantinopla, se posesiona de Occidente.

Bien puede decirse que la Providencia sujeta á los  
pueblos á la ley de las compensaciones.



Constantino divide el vasto imperio entre sus hijos: el egregio Teodosio sigue idéntica conducta.

Sin duda estos dos géneos presintieron que la grandeza de sus linajes respectivos fenecía con ellos, y que sus hijos eran impotentes para llevar sobre sus hombros el enorme peso de dos mundos.

El resultado es que lo que sus espadas habian unido fué separado por sus testamentos.

El poder de los hombres grandes no llega hasta el extremo de traspasar á sus descendientes su corazon y su inteligencia. Por eso Constantino y Teodosio tuvieron sucesores indignos de la púrpura: no parecian haber nacido á la sombra de la gloria sino en las inmundas sentinas de la corrupcion.

Murió Teodosio y antes de espirar pudo, en mi concepto, decir con mas exactitud que el héroe de Macedonia: «Mis funerales serán sangrientos.»

Teodosio, en su órden, es uno de los personajes mas grandes de la historia. Fuera de Luis, Fernando y de otros monarcas que, á su corona de reyes, unieron la hermosa diadema de la santidad, no encuentro en el mundo antiguo ni en el moderno un personaje de su talla. A sus acciones verdaderamente heróicas juntó las virtudes mas admirables.

Fué rey del mundo conocido y ¡cosa rara! en ese puesto elevado conquistó la humildad.

Para que todo fuera sublime en ese hombre admi-



rable, la Providencia quiso que presidiera su agonía Ambrosio el extraordinario, aquel portento de santidad y virtud que convirtió á la fe de Cristo á Agustino el de Tagaste.

¡Ambrosio y Teodosio! ¡Gran Dios, qué Obispo y qué Emperador! Con la agonía del preclaro Teodosio, el arzobispo de Milan presidia tambien la agonía del mundo.

El grande Emperador era el sol que ahuyentaba las tinieblas de la invasion. Ese sol llegaba ya á su ocaso, pero antes de desaparecer totalmente, esparció los siguientes rayos que anuncian á todas las generaciones la grandeza y hermosura del astro que les despidió.

¡Hombres miserables que, cuando ocupais un puesto elevado al que no sois acreedores, os conceptuais seres superiores á vuestros semejantes, congregaos en torno del lecho en que yace postrado el emperador mas grande de la tierra, y escuchad las palabras que salen de su pecho moribundo! Allí encontrareis á dos hijos anegando con sus lágrimas aquel lecho de agonía; allí contemplareis un concurso numeroso poseido de dolor, y sobre todo á vuestra vista se presentará un hombre, cuyos ojos, fijos en el cielo, parecen indicar á los circunstantes que no es la tierra que huellan nuestras plantas la pátria de los hombres libres.

Aquel silencio tan majestuoso como elocuente, interrumpido solo por los sollozos del amor, va á ser dominado por breves momentos.



La voz del guerrero mas ilustre, del emperador mas distinguido va á ser escuchada por última vez. Aquella voz poderosa que Dios escuchó con bondad, aquella voz de trueno, que lanzaba huracanes sobre sus enemigos en lo mas recio de las batallas, está casi apagada, parece salir de ese mundo en que la imaginacion coloca los fantasmas. Pero se oye todavía.

Escuchadla, pues, hombres constituidos en autoridad, y no olvideis nunca los consejos que da á sus hijos afligidos. «Hijos míos, les dice, muy jóvenes reinaréis: acordaos de que solo sois superiores á los demás hombres para escederles en virtud. No confieis en la fuerza de las armas ni en la prudencia de vuestros juicios, sino en la fidelidad que guardéis á Dios: apoyaos en el altar si prosperar ansiáis.

El venerable Ambrosio me enseñó el camino de la verdadera grandeza: sed dóciles como yo á sus lecciones, y evitareis las faltas que he cometido y los disgustos que podrian afligiros.»

¡Palabras hermosas que revelan la magnanimidad de su corazon y la grandeza de su alma!

Teodosio fué humilde, y por esto el Eterno le enriqueció con el amor de todas las gentes y colocó en sus sienas la corona del universo. Fué fiel á la ley santa, y por esto el Señor, siempre cariñoso con los que le aman, le colmó de bendiciones y le hizo, como dice Bossuet, *alegría y admiracion del universo.*



Desapareció Teodosio de este mundo de miserias y, con él, desapareció también la gloria del imperio y el esplendor de la púrpura.

Oriente y Occidente se apartan, quizá, para no juntarse jamás. Como hermanos que, en presencia del atribulado padre, se dan el ósculo de despedida para marchar cada cual á la conquista de sus destinos, así también estos dos grandes imperios se separan á la muerte del hombre que les uniera para no volver á juntarse jamás, para entregarse á destinos tan diversos.

Los pueblos como los individuos desconocen totalmente el fin que les está reservado, y los acontecimientos favorables ó adversos que pueden sobrevenir en el período de su existencia.

Hemos asistido al hundimiento del colosal imperio romano, y presenciado las vicisitudes que sufrió desde la muerte de Teodosio hasta que tuvo lugar tan espantoso suceso.

Ahora vamos á estudiar los acontecimientos que se desplomaron sobre Oriente en ese mismo período.

La pesada corona del oriental imperio fué colocada en las débiles sienes del pobre Arcadio.

No es cuerdo abrumarse con horrible peso. El individuo que tal haga sentiráse fatigado y concluirá por abandonar su carga á brazo mas robusto, á hombro mas poderoso.

Esto sucedió al infeliz Arcadio. El enorme peso de



la oriental corona martirizó su débil cabeza hasta el punto de obligarle á cojer esa corona y tirarla en el cieno en que se revuelcan esos miserables que se conocen con el nombre de favoritos.

Bien conocia Teodosio la debilidad de sus hijos, cuando les dejó ministros para que les guiasen por la difícil senda del buen gobierno.

Rufino, que tenia el encargo de aconsejar á Arcadio, era un miserable que cometió toda clase de tropelías. No se contentó con robar escandalosamente y con mostrarse ingrato á la confianza que de él hiciera el grande Teodosio. Su infamia le arrastró hasta el estremo de convidar á los bárbaros para que fueran á desolar regiones hermosas del imperio; ¡de ese imperio de que debia ser fiel guardian!

Constantinopla se vió cercada de bárbaros, y hubiera sucumbido si Dios no hubiese inspirado á Alarico empresas conformes con sus designios altísimos.

¡Parece mentira que el hombre lleve su perversidad hasta el punto de perpetrar actos tan criminales como los que perpetró el asqueroso Rufino!

Gainas privó de la vida á ese miserable, en el momento mismo que esperaba ser aclamado augusto por las legiones que, por su órden, abandonaban á Estilicon, y dejaban el paso libre á los bárbaros que capitaneaba Alarico el Segador.

Si aquel sér repugnante no hubiera mandado reti-



rar las legiones orientales, posible es que el poder de los godos hubiese sucumbido en aquella jornada. Alarico habia sido sorprendido, el combate estaba á punto de iniciarse, pero en aquel mismo instante llegó la funesta orden para que los veteranos de Teodosio se retiraran sin pelear.

Rufino temia que Estilicon triunfante fuera á Constantinopla con objeto de arrancarle el poder de que tan villanamente abusaba. Preferia ver sepultado el imperio, antes que contemplar por mas tiempo victorioso al valiente ministro de Honorio.

A la infamia de tan bajo sujeto, sucedió la infamia del asqueroso Eutropio.

Pintar los crímenes, robos é iniquidades que perpetró este malvado, sería tarea inacabable. Si Rufino cometió la infamia de llamar á los bárbaros, este llevó su bajeza hasta el punto de nombrar gobernador de Grecia al godo Alarico, nombramiento que, á decir verdad, sorprendió mas al agraciado que á los súbditos de ambos imperios.

Sin embargo tal infamia exacerbó los ánimos. Por esto el despreciable Eutropio arrancó al desdichado Arcadio una orden, en la que se declaraba reos de lesa majestad á todos los que censuraban el mas leve acto de los consejeros imperiales. ¡Y semejante ley fué observada! Si no tuviéramos pruebas clarísimas de la degradacion que reinó en aquel período funesto, la ob-



servancia de tan irritante decreto sería mas que suficiente para adjudicar al Oriente el depresivo título de bajo imperio.

Solo la degradacion es bastante poderosa para obligar á un pueblo á obedecer sumisamente las irritantes y depresivas disposiciones que dicta un vampiro cobarde.

El grande imperio oriental se ve escarnecido por un miserable que ni aun merece el título de persona. Ese miserable le denigra, le escarnece, le somete á todo linaje de humillaciones, y, sin embargo, ese imperio orgulloso permanece postrado á las plantas del cobarde que le deshonra, como can humilde que mendiga las caricias de su desdeñoso dueño.

No preguntéis por el emperador: la sangre de Teodosio se paralizó en sus venas. Inmóvil yace en su palacio, sancionando con su augusto nombre los ridículos caprichos del bajo Eutropio.

No os acordeis siquiera de lo que se llama Senado: los individuos que le forman han trocado las insignias de su honrosa dignidad por la librea de esclavos. Al menos el Senado de Neron produjo un Trasea que protestó, con la dignidad propia de los antiguos romanos, contra la ereccion de una estatua al príncipe matricida.

El Senado de Eutropio no contó un hombre de dignidad: fué siempre un volcan que despidió sin cesar la



empalagosa lava de la adulacion. Nadie habia que se atreviera á levantar su voz contra la opresion denigrante de ese hijo de todas las miserias.

Pero he dicho mal. Hubo un hombre constituido en autoridad santa que, al ver atropellados derechos sagrados, habló al tirano el lenguaje de los hombres libres.

Ese hombre habia sido morador del desierto.

La soledad, amiga fiel de los grandes génios, le habia enriquecido con inspiraciones sublimes.

Como aquel Juan, hijo de Isabel, que se nutria con raices y miel silvestre, que predicaba austeridad y penitencias, que clamaba con dolorido acento contra las prevaricaciones de los grandes y de los pequeños, con el mismo celo, con una decision parecida defendia la causa de la santidad y de la justicia este hombre que tambien se llamaba Juan.

Dios depositó en su inteligencia ideas celestiales y puso en su boca palabras tan dulces, que las gentes corrian alborozadas á escuchar el admirable predicador de la doctrina cristiana.

El desierto fué regado con las incesantes lágrimas que arrancaba á su hermoso corazon el fatídico recuerdo de Jesus crucificado. La oscura gruta que le servia de albergue recogió los incontables suspiros que su pecho despedia al tener noticia de los espantables crímenes que perpetraba aquella sociedad abyecta.



Pero aquella luz no podia quedar escondida debajo del celemín. Dios queria que esa luz brillase en las cumbres del monte Santo, y que sus hermosos resplandores guiasen á los individuos y á los pueblos por el valle triste de la vida.

Juan es elegido patriarca de Constantinopla. El clero y el pueblo le aclaman con indecible entusiasmo. Juan se consterna y huye desconsolado. ¡O humildad admirable! Sin duda que, en ese trance para él amarguísimo, se acordó de la hospitalaria gruta y de la soledad amiga. El siervo de Dios huye precipitadamente, quiere esconderse á la vida de sus semejantes como criminal que ha privado de la vida á su prójimo, y busca un asilo donde ocultarse á la acción de la justicia y á la indignación de los hombres.

¡Qué espectáculos mas asombrosos dan en todos los tiempos los hijos del Evangelio! Yo veo á Crisóstomo huir de la vista de los hombres, y le contemplo pidiendo, desde las profundidades de su humildad, á la soledad su mas ignoto retiro, al mar su mas hondo abismo, y á la tierra sus entrañas.

Mas Dios le tenia destinado para aquel puesto elevado y, contra sus soberanas decisiones, nada puede la resolución del hombre. La populosa Antioquía, que amaba con entusiasmo á tan santo varon, se amotina, y en tal actitud permanece hasta que logra encontrar á su amado Crisóstomo. Desde allí fué enviado á la



imperial ciudad con toda clase de precauciones para evitar su fuga.

Los hijos de la humildad ascienden siempre por fuerza á las cumbres de las grandezas.

Pues bien, este varon humildísimo, armado con la coraza de la fe, es el obstáculo poderoso que tienen las irritantes pretensiones del bajo Eutropio. Crisóstomo truena contra tan baja tiranía, denuncia y condena con inflexible energía los vicios dominantes. Eutropio se indigna al encontrarse con un hombre que reprueba sus iniquidades y que se opone como muro de bronce á la realizacion de sus infames designios.

Por esto desencadena contra él una persecucion violenta, é inspirándose en la rabia que le domina, discurre el medio que podia ser mas eficaz para desprenderse del hombre admirable que desconcierta sus tiránicos proyectos.



## CAPITULO IX.

Desastres producidos por la infamia de Eutropio.—Eudoxia se declara abiertamente contra él.—Rasgo admirable de tan altiva mujer.—Caida de Eutropio.—El pueblo pide su cabeza.—El grande Crisóstomo arrostra las iras populares por salvar á su cruel perseguidor.—Magnanimidad de la Iglesia.—Infamia de sus detractores.—Unos párrafos del admirable discurso que dirigió Crisóstomo al pueblo amotinado.—Eudoxia.—Su soberbia.—El grande Crisóstomo es perseguido implacablemente por esta mujer de perdicion.—Muerte de tan santo Patriarca.—Fallecimiento de Eudoxia y de su esposo Arcadio.—El honrado Antemio.

El asqueroso proceder de Eutropio indignó á los bárbaros. No podian éstos comprender tanta miseria en un hombre, y sobre todo tanta abyeccion en un pueblo.

Pasmados estaban de presenciar constantemente tan repugnantes espectáculos. Los bárbaros carecian de civilizacion, pero en cambio tenian dignidad. Cuando el desdichado Rufino fue á conferenciar con Alarico, ocurriósele la idea de vestirse á la usanza gótica. Desacertado estuvo, porque lejos de apagar las iras del bárbaro las encendió mas y mas. «Miserable, le dijo Alarico, quítate ese vestido que el tabardo de los godos se mancilla en los hombros de un traidor. He venido



hasta Constantinopla para medir los caminos y no entraré sino pasando por encima de un ejército. Voy á donde me empuja un brazo invisible, y para nada quiero tus promesas, presentes y ruegos.» Así hablaban siempre los hijos de la soledad. Ahora también van á ser ellos los primeros en protestar contra la denigrante opresión del más bajo de los hombres.

Aquel Gainas, que libertó al imperio de la cobarde tiranía de Rufino, subleva á los godos en nombre de la dignidad y amenaza hundir el Oriente en un abismo de ruinas.

Todas las bocas maldicen al miserable, causa de tanto infortunio; de todas partes brota un clamoreo imponente que asciende hasta la cúspide del poder y anuncia en los oídos imperiales furiosas y sangrientas tempestades.

Pero esta desgracia no había de ser la única.

La Persia que miraba con placer la tristísima situación del imperio, cree llegado el momento de hacer una invasión para apoderarse de florecientes territorios.

La consternación se apodera de todos los corazones, el miedo reina en todas partes.

Era necesario adoptar medidas enérgicas para hacer frente á las calamidades que surcaban el imperio y dominar aquella situación de horrores.

Y sin embargo, Arcadio permanece impasible y deja



que Eutropio, con sus crímenes y vicios, siga deshonorando el poder y atrayendo sobre el imperio espantosas catástrofes.

¡A dónde fuiste, génio de Teodosio!

La actitud imbécil de tan desdichado emperador obligó á la altiva Eudoxia á coger el cetro del poder que yacia tendido en el lodazal de todos los vicios. Y en verdad que el rasgo que entonces tuvo la soberbia mujer de Arcadio, merece los elogios de la historia.

Muchos historiadores copian las palabras que entonces mediaron entre la altiva esposa del hijo de Teodosio y el repugnante Eutropio.

Tambien yo voy á transcribirlas con objeto de que mis lectores formen una idea acabada del pobre Arcadio, del infame Eutropio y de la arrogante Eudoxia.

Contemplad por un momento á esta mujer funesta; vedla cómo, erguida y llena de indignacion, se dirige al bajo Eutropio delante de su marido y de una concurrencia numerosa y, con majestad admirable, le dice: «Serpiente vil, he callado hasta ahora porque contaba que la bondad divina no permitiría que te arrastrases largo tiempo por las gradas del trono. Pero hoy que tu infamia nos acarrea desastres, si aquí no se encuentra un pie de hombre asaz fuerte para aplastarte la cabeza; si el emperador no osa condenarte al látigo de los ergástulos; si todos aquí son mas bajos que tú, yo sola



te ataré con la púrpura que has mancillado, yo sola vengaré nuestros baldones.»

¡Qué palabras mas hermosas! dignas son de todos los encomios. Pero ellas revelan en el emperador y en todos los que le rodean una abyeccion sin ejemplo en los anales históricos.

¡Ah! es una mujer la que hace un esfuerzo extraordinario para ahuyentar el letargo de abyeccion que domina incesantemente al emperador y á todos los que le acompañan. Allí no hay un hombre asaz digno que les obligue á lanzar de sí la mortal indiferencia que les avasalla.

Ya aun despues de tan admirable rasgo, aquellos desdichados se inmovilizan, no se atreven á pronunciar una palabra contra el degradado Eutropio. Eudoxia queda abandonada.

¡Hasta su esposo se encierra en el mas criminal de los silencios!

El repugnante Eutropio cree, y con fundamento, que la situacion es suya, y juzgando que aquella mujer está ya arrollada por su poderío la dice: «Mujer, anda á hilar lana y gobierna el gineceo.» Pero el corazon de Eudoxia era mas grande que el de todos aquellos miserables, así es que semejantes espresiones, lejos de infundirla desaliento, fueron causa de una contestacion admirable. Poseida de una indignacion sublime tira la diadema á las plantas de su esposo, acompañando este



acto con las siguientes palabras: «¡Solo faltaba que hicieses ultrajar por este esclavo á la madre de tus hijos!

Por fin Arcadio interrumpe su denigrante silencio, y dirigiéndose al esclavo le anuncia el fin de su poderío.

Tan pronto como el pueblo tuvo noticia de la actitud del emperador, se amotina de una manera impo- nente, pidiendo la cabeza del causante de todas sus desgracias.

Eutropio se llena de terror.

En vano trata de precipitarse por los caminos de la fuga. Es inútil, todos ellos están vigilados por las iras populares.

La ciudad imperial se convierte en un océano de rabia agitado sin cesar por el génio de la venganza.

¡A dónde acudirá aquel desdichado! ¿Quién será tan caritativo que enjugue sus lágrimas y endulce su amarga situación? ¡Ah! todos sus aduladores le abandonan, y de aquellas legiones de favoritos que forma- ron sus mercedes, no sale un hombre que le dirija pa- labras de consuelo ó que abogue en su favor.

La desgracia es un mónstruo horrible que ahuyen- ta precipitadamente á todos los que la contemplan.

¿Quién tendrá bastante poder para aquietar el re- vuelto mar de las venganzas populares, y sacar de su alborotado fondo al desdichado que está á punto de perecer?



¡Ah! solo la Iglesia que es madre de los infortunados. Pero ¿no es Eutropio el que la persiguió de una manera cruel, el que trató de perder á Crisóstomo y el que se mostró siempre refractario á sus santas enseñanzas? Sí lo es.

Pero la Iglesia no se acuerda de las ofensas mas que para perdonarlas, ni de sus enemigos mas que para encomendarles al Dios de las misericordias.

¡Miserables! Vosotros los que sosteneis que la Iglesia y sus ministros son crueles, venid aquí y medid si podeis la hermosa caridad que les domina.

No: la Iglesia no ha vertido una gota de sangre.

Vosotros sois los que villanamente habeis asesinado monarcas, los que habeis talado naciones florecientes sembrándolas de cadáveres, los que habeis sustituido la cruz del adorable Jesus por la terrible hacha del verdugo.

Vosotros, y solo vosotros, habeis asesinado con furia superior á la de los vándalos, á vírgenes inocentes y á incontables ministros del Altísimo, y los que sin cesar estais incrustando en el corazon de los pueblos máximas de odio y de perdicion.

Es un sarcasmo horrible que esos miserables acusen de crueles á las instituciones y á los hombres cuando su existencia es una série de crímenes que empieza con la violacion y el asesinato, y concluye con el robo y el incendio.



El grande Haller, ese escritor digno de admiracion, cuyo talento y vergüenza le obligaron á abandonar los negros pendones de la protesta, tiene razon de sobra cuando dirigiéndose á los filósofos impíos les dice: «Para imponer silencio á los malignos diré, en primer lugar, que Roma jamás ha condenado ni conducido á ningun príncipe á la guillotina como repetidas veces lo ha verificado la Reforma y el filosofismo.» Tiene razon Haller.

Y no solo no les ha conducido á la guillotina, sino que muchas veces les ha salvado con caridad admirable, salvando tambien á los pueblos de catástrofes pavorosas.

Pero volvamos á nuestro asunto y demostremos prácticamente que la Iglesia, lejos de complacerse en la muerte de sus verdugos, arrostra impávida las terribles iras populares y hasta se sacrifica gustosa por conservarles la vida. El infeliz Eutropio, viéndose perdido, se echa á las plantas de Crisóstomo.

Este recibe á su implacable perseguidor con dulzura encantadora, le prodiga tiernos consuelos y, despues de escenas conmovedoras, le conduce al templo del Dios de las misericordias para preservarle de las furias populares contra él desencadenadas.

Pero las muchedumbres se muestran decididas á invadir el lugar sagrado.

Era necesario un milagro á fin de salvar la vida al terrible perseguidor de la Iglesia santa.



Crisóstomo hace caer su voz sobre aquellos océanos humanos y logra aquietarlos.

Imposible parece tamaño portento, pero no olvidemos que el preclaro Patriarca era ministro de Aquel que puso la débil arena como muralla de los soberbios abismos diciéndoles: «Hasta aquí llegareis, y no pasareis mas adelante, y aquí habeis de quebrar la hinchazon y soberbia de vuestras olas.»

Algunas horas despues ascendió el angelical Crisóstomo á la cátedra augusta, y desde ella lanzó sobre el demonio de la venganza tantos y tan hermosos rayos de elocuencia, que le puso en la precision de abandonar la presa que tenia entre sus garras.

Semejantes triunfos solo pueden ser conquistados por los héroes de la humildad, que son los hijos predilectos de Aquel que hace enmudecer á las tempestades, obligándolas á depositar sus espantosos ruidos en las tranquilas mansiones del silencio.

Pero sería imperdonable no trasladar aquí algunos párrafos del admirable discurso que el grande Crisóstomo dirigió al pueblo amotinado. Vedlos á continuación.

«Si alguna vez se ha debido esclamar: Vanidad de las vanidades y todo es vanidad; ciertamente, hermanos mios, es en este dia de deplorable revolucion. ¿Dónde está ahora el esplendor de las mas eminentes dignidades? ¿Dónde las insignias honoríficas? ¿Qué se



hizo la pompa de los festines y de los dias de regocijo? ¿Dónde terminaron las aclamaciones tan frecuentes y las lisonjas tan exageradas del pueblo reunido en el circo para asistir al espectáculo? Una sola ráfaga ha deshojado este árbol soberbio, y despues de conmoverle hasta las raices hále arrancado de cuajo.

»¿Dónde los falsos amigos, los viles adúladores, los parásitos tan asíduos en hacer la corte y manifestar con palabras y acciones su servilismo? Todo se desvaneció como un sueño, como una flor, como una sombra. Nunca, pues, nos cansaremos de repetir aquella sentencia del Espíritu Santo: Vanidad de las vanidades y todo es vanidad; escrita debiera estar en letras resplandecientes en todas las plazas, en las puertas de las casas, en todas nuestras habitaciones; pero mucho mas debiera estar tambien grabada en nuestros corazones y ser el continuo tema de nuestras pláticas.

»¡Oh Eutropio! ¿No tenia yo razon para representarte la inconstancia y fragilidad de nuestras riquezas? Ahora conoces por esperiencia que te han abandonado como esclavos fugitivos, y que en cierto modo han sido pérfidos y homicidas contigo, ya que son la causa principal de tu desventura. A menudo te repetia que debias hacer mas caso de mis reprensiones, por amargas que te pareciesen, que de las vanas lisonjas con que tus adúladores no cesaban de colmarte, porque las heridas que causa quien ama, valen mas que los mentidos



besos del que odia. ¿Andaba descaminado hablándote de tal suerte? ¿Qué es de aquellos cortesanos de la fortuna? Retiráronse, renuncian á tu amistad y solo piensan en su seguridad, en sus intereses, aun á costa de los tuyos.

»No así nosotros. Sufrimos tus furoros en tu encumbramiento y en tu caída te sostenemos con todo nuestro poder. La Iglesia, á la cual hacias la guerra, abre su seno para recibirte; y los teatros, objeto constante de tus recreos, que con tanta frecuencia nos atraian tu indignacion, te han abandonado traidoramente.

»No te hablo así, Eutropio, para insultar la desdicha del caído, ni para enconar llagas que aún vierten sangre, sino para sostener á los que están de pié y evitarles iguales pesadumbres. Y el medio de evitarlas es convencerse bien de la fragilidad y vanidad de las grandezas humanas. Compararlas con una flor, con una yerba, con el humo, con un sueño, todavía no es decir lo suficiente, porque son aún menos que nada.

»A la vista tenemos una prueba palmaria de ello. ¿Quién ascendió nunca de tan bajo á mas alto estado? ¿No poseia Eutropio inmensos bienes? ¿Faltábale alguna dignidad? ¿No era honrado y temido de todo el imperio? Y ahora mas desamparado y medroso que los mas infelices, que los esclavos mas abyectos, que los presos encerrados en oscuros calabozos, teniendo á los ojos las espadas contra él apercebidas, los verdugos y



tormentos, privado de la luz del dia en mitad del dia mismo, aguarda á cada instante la muerte y nunca la pierde de vista.

»Ayer, cuando vinieron de palacio para sacarle de aquí por fuerza, presenciásteis cómo corrió á los sagrados vasos, temblando como un azogado, pálido y desencajado el rostro, hablando con voz ahogada por los sollozos, y mas muerto que vivo. Lo repito, no lo digo para insultar su abatimiento, sino para que os enterezca su infortunio, cristianos, hermanos míos, y para que os mostreis compasivos y generosos.

»Pero ese hombre, dicen algunos, sin entrañas, resentidos de que hayamos abierto á Eutropio el asilo de la Iglesia, ¿no ha sido su mas cruel enemigo, y el que con diversos decretos cerró á los otros el sagrado que hoy para sí invoca? Cierto, respondo yo: pero eso debe ser para vosotros un motivo poderosísimo para glorificar á Dios, que obliga á un enemigo tan formidable á venir aquí y reconocer el poder de la Iglesia y su clemencia. A su poder, porque á la guerra que le ha hecho debe su tremenda desgracia. A su clemencia, porque á pesar de los daños recibidos, olvidando lo pasado le abre los brazos, le cobija con sus alas, le escuda con su proteccion y le acoge en el sacro asilo de los altares que repetidas veces él trató de abolir.

»Tenedlo entendido, cristianos que me escuchais, ninguna victoria, ningun trofeo puede honrar tanto á



la Iglesia: Tal generosidad, de que ella sola es capaz, cubre de ignominia á judíos y gentiles. Conceder altamente su proteccion á un enemigo declarado, sumido en el infortunio, desamparado y execrado de todos; tratarle con ternura mas que maternal, esponiéndose á la cólera de un Emperador y al ciego furor del pueblo, ved ahí lo que constituye la gloria de nuestra santa religion.

»¿Decís indignados que cuando estaba en el poder cerró este asilo en virtud de diversos decretos? ¡Oh hombres! cualesquiera que seais, ¿acaso os está permitido acordaros de las injurias que se os han hecho? ¿No somos siervos de un Dios crucificado, que clamó espirando en la cruz: Padre mio, perdónales, porque no saben lo que se hacen? Y este sin ventura, postrado al pié del altar, á la vista del universo, ¿no viene por sí mismo á derogar sus decretos reconociéndolos injustos? ¡Qué honra para este altar, y cuán venerable y terrible es desde que á nuestros ojos tiene sujeto á este leon! De suerte que lo que realza el esplendor y la imágen de un príncipe no es que ocupe un trono, vestida la púrpura y ceñida la diadema, sino que huelle á los bárbaros vencidos y cautivos.

»Veo en nuestro templo un concurso tan numeroso como en la solemne fiesta de Pascua. ¡Qué leccion para todos el espectáculo á que asistís, y cuánto mas elocuente que nuestras palabras es el silencio de este hom



bre, reducido á la situacion en que le contemplais! Al entrar aquí bástale al rico abrir los ojos para reconocer la verdad de estas palabras: Toda carne es yerba, y toda gloria es como la flor campestre: la yerba se ha marchitado, la flor ha caido, porque el Señor la hirió con su soplo.

»Y á su vez el padre aprende aquí á considerar su estado de una manera muy diferente de lo que suele, y lejos de quejarse, á complacerse en su misma pobreza que le sirve de asilo, de puerto, de fortaleza, proporcionándole sosiego y seguridad, y librándole de los cuidados cuya causa y origen descubre en las riquezas ó grandezas humanas..... Vuestros sollozos hieren mis oidos. ¡Dios sea glorificado! He ahuyentado al demonio de las venganzas y reducido á la caridad vuestras almas estraviadas. Pero réstanos cumplir un deber para que esta caridad produzca sus frutos divinos: vamos juntos á postrarnos á los pies del Emperador, ó antes bien imploremos á Dios misericordioso para que le aplaque, á fin de que nos otorgue el perdon completo de Eutropio desdichado y penitente.»

Hé aquí cómo Juan el Admirable arrancó la infernal levadura que tenia en fermentacion constante á aquellas masas humanas.

Las negras nubes del ódio popular, que se cernian aterradoras sobre la cabeza de Eutropio, desaparecieron impulsadas por la palabra del santo patriarca, como



tempestades que, empujadas por el aire, desaparecen tambien sin vomitar sobre la tierra los horribles furores que conducen en sus espantosos senos.

El árbol de la venganza cubria ya con su triste y mortal sombra toda la estension de la esplendorosa Constantinopla. Pero Juan el Humilde, con los rayos de su elocuencia le deshojó primero, desgajó despues sus robustas ramas y acabó por convertirle en gigantesca pira que habia de alumbrar la mas grande de las victorias, la victoria de la hermosa caridad sobre la horrible venganza.

Despues de las tristes escenas acarreadas por la imperial estupidez, Eudoxia se constituye en árbitra de los destinos del Oriente. El poder depresivo de Rufino y Eutropio es sustituido con la soberanía irritante de una altiva emperatriz.

¡Pobre imperio, maltratado unas veces por esclavos y sometido otras á los denigrantes caprichos de una veleidosa mujer!

Eudoxia quiere gobernar de veras y, en su altivez descomunal, pretende erigir en leyes sus ridículas veleidades.

El Oriente sigue rodando por la espantosa declive de los desastres.

Las pretensiones de la emperatriz producen trastornos amenazadores, y al mismo tiempo alientan á los bárbaros á realizar los designios providenciales.



Y en medio de tanto desastre y de tanta ruina, el Emperador permanece inmóvil como estatua, á la que no conmueven ni el furor de los elementos ni las pasiones desencadenadas de los hombres.

La nulidad de este personaje y la soberbia de su esposa habian de producir necesariamente conflictos sangrientos, y habian de ser causa de las mal llamadas contiendas religiosas que entonces tuvieron lugar.

En este período la inmoralidad tomó un incremento extraordinario. Crisóstomo, el hombre evangélico, que censuraba los vicios con la santa libertad que el Bautista anatematizaba los crímenes de Herodes y de su compañera de prevaricación, no podia permanecer indiferente.

Al contrario, clamó de mil maneras contra la degradacion creciente, é hizo uso de toda su autoridad para arrancar de aquel pueblo la fealdad de los vicios. Y como para Crisóstomo no habia distincion de personas cuando él trataba de condenar el pecado, Eudoxia se creyó herida y determinó perder al sublime predicador de las verdades eternas.

El destierro fué la primera piedra que esta mujer de perdicion arrojó al varon santo.

Temiendo el grande hombre ser causa de alguna lucha sangrienta entre el pueblo, que le amaba con delirio, y los sayones de la tiranía, acató la despótica



orden y se embarcó como manso cordero para el punto de su destierro.

Pero esta vez quedaron defraudadas las esperanzas de Eudoxia. El pueblo indignado se subleva y hace saber al emperador que no depondrá su aptitud mientras no se efectúe el regreso de su amado pastor. Tan imponente era la sublevación que la mujer de Arcadio disimulando sus furores, hizo que el emperador ordenase su regreso, el que, al fin, se efectuó en medio de la ovación mas calurosa que puede imaginarse.

Mas la prevaricación seguia creciendo de un modo desconsolador, y el humilde Juan no podia enmudecer.

Eudoxia, que veia en él un censor de todos sus vicios, determinó separarle á todo trance de la ciudad imperial.

Despues de sangrientos acontecimientos en los que la rabia de la emperatriz se desencadenó furiosamente, despues de criminales persecuciones que produjeron numerosos mártires, el pueblo, justamente irritado, realizó un motin santo para hacer ver á la soberbia Eudoxia y al imbécil Arcadio, que estaba dispuesto á sostener á todo trance los derechos sagrados del humilde siervo de Cristo.

Pero el santo Prelado se consterna. La idea de que su nombre va á convertirse en apellido de guerra, le produce amarguras indecibles. Prevé dias de luto, cree



ver ya á Constantinopla convertida en lago de sangre, y estas consideraciones le impulsan á renunciar sus derechos y á separarse de la ciudad que tanto le amaba.

Mas la infame emperatriz no se contenta con esto. Secretamente dió orden para que el santo Patriarca fuera maltratado y sometido á toda clase de privaciones con el criminal objeto de acarrearle la muerte.

No le costó mucho satisfacer sus depravados instintos.

Condujéronle por inhospitalarias tierras, sin darle siquiera un jumentillo, sin proporcionarle el mas leve recurso que pudiera mitigar sus acerbos dolores.

Tres años de horribles tormentos sufrió Crisóstomo con paciencia verdaderamente cristiana.

Murió como habia vivido, rogando por sus enemigos y pidiendo á Dios salud para el pueblo, cuyo cuidado le habia encomendado.

El Eterno es siempre el vengador de sus siervos. Su terrible brazo arrastró á la pérfida Eudoxia por las vias del castigo, para conducirla hasta aquel tribunal en que siempre sale triunfante la inocencia.

Proponíase esta hija de la soberbia vivir en completa tranquilidad, tan pronto como Crisóstomo desapareciera, y Dios, que penetra hasta lo mas escondido del corazon humano, privóla de la vida unos meses antes que al inocente Juan.



Para dar fin á este punto consignaré que una multitud de Obispos infames se aliaron con esta mujer de iniquidad, y consiguieron atraer sobre el santo las desgracias que ligeramente he reseñado.

Murió Arcadio despues de sufrir todas las humillaciones imaginables.

Teodosio II, su hijo, iba á sustituirle. Afortunadamente, para él y para el imperio, un hombre de austeridad, y de grandes virtudes cívicas, tomó las riendas del poder.

El honrado Antemio hizo olvidar, con su modestia y relevantes cualidades, la siniestra memoria de los Rufinos y Eutropios.

A su encantadora probidad, Antemio unia la condicion mas preciosa para regir bien los estados, un conocimiento profundo de los hombres.

Amaba al virtuoso y le daba proteccion, odiaba enérgicamente el vicio y le apartaba de su lado con indignacion.

Por esto todos los historiadores han escrito su nombre con respetuoso amor.

Y en verdad que el ánimo experimenta gozo, al interrumpir, siquiera sea por breves momentos, la descripcion de las bajezas y miserias que destilaba con desconsoladora frecuencia el tronp de los Césares.



## CAPITULO X.

La niña Pulqueria al frente del imperio.—Sus virtudes admirables.—Teodosio II.—Su educacion.—Su casamiento con la pobre Atenais.—Atila invade el Oriente.—Cobardía del emperador.—La Numancia del oriental imperio.—El infame Crisafó proyecta asesinar al jefe de los Hunos.—Consecuencias de tan inicuo proyecto.—Honoría reclamada por Atila.—Observaciones de Chateaubriand sobre el papel que entonces desempeñaron las mujeres.—Muerte de Teodosio II.—Fin del repugnante Crisafó.—La vírgen Pulqueria es emperatriz.—Marciano exaltado al trono.—Antecedentes misteriosos de este soldado cristiano.—El Oriente empieza á disfrutar los beneficios de la paz.

Pero si hemos presenciado espectáculos repugnantes, ahora ha de sorprendernos un acontecimiento peregrino jamás visto en la historia: una niña, dotada de sobresaliente hermosura, se pone al frente de aquel inmenso estado, y le gobierna con la justicia del corazón mas recto y con el tacto del hombre de gobierno mas experimentado.

Quince años tenia la hermosísima doncella cuando echó sobre sus tiernos hombros aquella carga abrumadora.

¡Y cosa rara! Las provincias todas, hasta las mas apartadas, son regidas con orden escrupuloso, la justicia resplandece en todas partes y la felicidad hace ver su hermoso rostro en aquel imperio trabajado por todos los infortunios.



¿Habeis visto cosa parecida? ¿En qué fuentes bebió la sabiduría esa criatura admirable? ¿Dónde aprendió cosas tan estupendas?

¡Ah! grande admiracion produce esta niña.

No parece sino que la Providencia quiso hacer ver á aquel soberbio imperio que la razon y la justicia habian desaparecido de los consejos de los ancianos para albergarse en el puro seno de la niña.

Cuando los pueblos están corrompidos, Dios quita la prudencia y la sabiduría á los hombres que debian poseerlas y las hace patrimonio de la inocencia.

¿No os acordais de aquel niño de doce años que, con la habilidad del hombre mas experimentado, descubre la infamia de dos ancianos jueces, librando á la hermosísima Susana de una muerte horrible y de un baldon eterno?

Sí, cuando la soberbia se erige en reina de un pueblo, Dios, para confundirle y avergonzarle, se complace en llenar de sabiduría las inteligencias de los humildes y de los inocentes. Pues bien, esto mismo pasó en Oriente.

Allí el orgullo imperaba como rey absoluto; las inteligencias, negándose audazmente á rendir vasallaje á las decisiones santas de la Iglesia, se hundian en todos los abismos.

Los poderes, que se complacian en oprimir á varones evangélicos, tocaron el último límite de la degra-



dacion. Despues de tanto escándalo y de abyeccion tan indecible, el Eterno humilló la soberbia satánica de imperio tan corrompido, poniendo al frente de sus destinos á una pobre niña.

Esta criatura hermosa era hija de Arcadio, pero su alma, su corazon y sus sentimientos eran de Teodosio el grande; llamábase Pulqueria. La hermosura embelesadora de su cuerpo palidecia ante la angelical belleza de su alma.

Pulqueria era grande en todo y por esto fué virgen. Sí, la virginidad es la virtud de las almas grandes, y al mismo tiempo es el imán misterioso que atrae sin cesar las bendiciones del cielo.

El corazon de Pulqueria era muy grande para palpar á impulsos de pasiones execrables.

Ese corazon se conmovia incesantemente al recuerdo del amorosísimo Cristo.

No estrañeis, pues, que aquel palacio, verdadera sentina, albergue de todos los vicios, teatro de todos los crímenes, se trasforme rápidamente y quede convertido en pacífica mansion de la virtud.

A las orgías escandalosas, á las prevaricaciones inmundas sucedieron las funciones santas, en las que Pulqueria, acompañada de su hermano el emperador, entonaba con acento dulcísimo los himnos del alma desterrada.

Los pobres fueron sus hermanos predilectos, y la



desgracia encontró siempre en su corazón un asilo consolador.

El vicioso Antioco pensaba reproducir la fatal conducta de Rufino y Eutropio. Las máximas que inculcaba en el corazón de Teodosio eran muy á propósito para corromperle.

La augusta nieta de Teodosio el grande lo comprende, y, con una energía impropia de su sexo, le arranca la educación de su hermano. Como conoce los peligros que rodean siempre á los monarcas niños, hace firme propósito de no sujetarle á ningun preceptor.

Teodosio, en lo sucesivo, estará bajo la sola dirección de su hermana Pulqueria.

Dióle una educación esmerada, inspiróle amor á la virtud y horror al vicio. Hizo que su mente se enderezase siempre hácia Dios, fuente de todo bien y origen de toda grandeza.

Si Teodosio no estuviera destituido de todo valor, Pulqueria hubiese tenido la satisfacción de dar al mundo un emperador tan ilustre como su abuelo.

Pero, por desgracia, era sumamente apocado: su debilidad no tenia límites, la guerra le disgustaba, y estas condiciones, en una época tan revuelta como aquella, tenían que ser muy funestas para la felicidad del imperio.

En circunstancias pacíficas, Teodosio hubiera sido



un excelente monarca, y mas que monarca, un padre cariñoso de su pueblo.

Agustino, el grande obispo de Hipona, hablando de este príncipe, dijo que en la soledad *sería un santo*.

En efecto, á Teodosio le embellecian hermosas virtudes.

No conocia la soberbia, y se complacia en perdonar todas las ofensas por graves que fueran.

La vida de los súbditos era por él respetada de una manera escrupulosa. Veia en todos los hombres la imagen de Dios y se juzgaba sin facultades para quitarles la vida.

A estas hermosas virtudes, juntaba otras cualidades que le hacian muy recomendable.

Era un gran literato y habia sorprendido tambien los secretos de las ciencias. Su amor al estudio le hacia remunerar, hasta con profusion, las obras que juzgaba provechosas. En resumen: si Teodosio hubiera tenido la energía que lo crítico de las circunstancias demandaba, la historia saludaria en él á uno de los monarcas mas grandes de la tierra.

Pulqueria, con su gran talento, comprendia de sobra el carácter débil de su hermano, y las desgracias que esto podia ocasionar al imperio, sobre todo si caia en brazos de una esposa altiva y avasalladora.

Pensó en darle mujer y para realizar este objeto,



apartó su vista de las grandezas de la tierra y la fijó en la virtud y en la prudencia.

Una postulante de la justicia imperial, de acabada hermosura y de virtudes relevantes, fué la mujer que eligió Pulqueria para esposa de su hermano.

Era de Atenas, llamábase Atenais, y su historia es digna de figurar en los bíblicos anales.

Atenais fué desheredada por su padre fundándose en que su talento la hacia superior á sus dos hermanos. Estos se mostraron tan crueles que la negaron toda proteccion.

La inocente criatura vertia lágrimas que nadie se cuidaba de enjugar. Pero las lágrimas de la inocencia reflejan siempre la misericordia de Dios.

Fué á Constantinopla por el camino de la mendicidad.

No pensaba Atenais que ese camino conducia al trono.

Una vez en la ciudad imperial, no la fué difícil tener una entrevista con Pulqueria. En esta entrevista la niña ateniense habló de su desgracia con tanto tino y prudencia, que la nieta de Teodosio se propuso guardar joya tan inapreciable para adornar con ella el trono del Oriente.

El Emperador quedó pasmado al contemplar aquel portento de hermosura, y, sin vacilar, cubrió con su manto de púrpura aquella flor encantadora que Atenas regalaba al mundo.



Ved cómo Atenais, de postulante llorosa, ascendió á brillante emperatriz.

Los designios de Dios no puede comprenderlos la limitada inteligencia de los mortales.

Los infames hermanos de Atenais temblaron al saber su impensada fortuna. Dió orden para conducirles á su presencia.

Creyéronse perdidos y á fé que se equivocaban.

El mayor gozo de un corazon cristiano está en el perdon de las ofensas.

En presencia de aquellos ingratos la emperatriz lloró.

Otorgóles un perdon amplísimo, suplicándoles solamente que abandonasen el paganismo y abrazaran la cruz del inocentísimo Jesus que, siendo Dios, perdonó á los que le maltrataban. De esta manera, como dice Chateaubriand, «Atenas que no habia suministrado tirano alguno al imperio Romano, le dió por reina una musa.»

Segun todos los historiadores Eudocia, que así se llamó despues de recibir el bautismo, consagróse esclusivamente á la literatura. Puso en verso los cinco libros de Moisés, Josué, los Jueces, la encantadora égloga de Rut y las profecías de Daniel.

Además, segun los mismos historiadores, ésta emperatriz escribió tambien un poema admirable sobre el martirio de San Cipriano.

Desgraciadamente, Pulqueria habia sido alejada de



las mansiones imperiales. Escusado parece advertir que ese alejamiento fué fecundo en desastres para el infeliz Oriente.

El apocado Teodosio vió despeñarse sobre el imperio pavorosas catástrofes.

Atila, aquel á quien los mismos bárbaros calificaban de mónstruo, se lanzó sobre los dominios orientales con furia desoladora.

Teodosio procuró contenerle en el camino de la destruccion.

Todo fué inútil.

Varias derrotas amilanaron su espíritu y llenaron de terror á los cobardes habitantes del imperio.

Constantinopla vió á sus puertas á los feroces Hunos, y en vez de hacer una resistencia heroica, aceptó las humillantes condiciones que le imponia el fiero hijo de las selvas.

¡Qué degradacion! Si la ciudad imperial se hubiera mostrado dispuesta á sepultarse entre sus ruinas, posible es que Atila experimentara algun desastre de consideracion.

Pero aquel Teodosio no estaba inspirado por el génio de la guerra, y aquel pueblo no tenia el valor necesario para perecer vengando las afrentas que le infería un bárbaro.

Si el apocado Emperador hubiera hecho lo que, siglos despues, hizo el último Constantino, probable-



mente salvara al imperio de tanta catástrofe y humillacion.

Al fin Teodosio tenia elementos muy superiores á los que despues tuvo Constantino. Y sobre todo, las hordas húnicas eran un caos, no tenian disciplina ni organizacion de ninguna especie, mientras que la barbárie acaudillada por el ferocísimo Mahomet era una barbárie organizada, que contaba con toda clase de recursos para realizar sus proyectos de conquista.

Pero Teodosio carecia de valor y la gente que gobernaba no conocia la dignidad.

Por esto aceptaron aquellas condiciones que, al mismo tiempo que empobrecieron al imperio, le dejaron sumido en un abismo de humillaciones.

Afortunadamente, hubo un pueblo que se resolvió á perecer antes que sufrir tamaña vergüenza.

Este pueblo, al que ningun historiador debe pasar por alto, juró perecer ó librarse de las condiciones que, sumisamente, aceptó todo el imperio.

En vano le ataca Atila por todos lados, nada consigue. Los heróicos defensores le rechazan en todas partes, causándole innumerables pérdidas.

El bárbaro, poseido de indignacion, anunció al Emperador que si aquel pueblo no se sometia á su yugo talaria todo el Oriente.

¡Vergüenza debió causar á Teodosio y á todo el imperio aquella amenaza de Atila!



Un pueblo insignificante detiene y rechaza la invasión mas poderosa que se desborda por el mundo, y un Emperador, con su inmenso poder y grandes recursos, accede, lleno de espanto, á las pretensiones denigrantes del que acaudilla esa invasión.

Pero Teodosio habia de llevar mas adelante sus humillaciones. En vez de inspirarse en el ejemplo sublime de esa poblacion illustre, obedece el mandato de Atila y comunica á aquel puñado de héroes la orden de rendirse.

Por fortuna los valientes defensores tuvieron suficiente valor para despedir á los emisarios imperiales, diciéndoles estas memorables palabras: «Decid al bárbaro Atila que cuando á puro herir se rompa nuestra última espada, desenterraremos los huesos de nuestros padres para convertirlos en armas.»

Despues de tantos siglos estas palabras admirables conmueven el corazon. Ninguna estrañeza me produce que Atila, asombrado de tanto valor, dijera: «No he visto bravos sino en los muros de ese pueblo. Cuando necesite emperadores que me sirvan de tenientes, los buscaré entre ellos.»

Atila fué rechazado y el heróico pueblo conquistó glorias eternas.

Esa poblacion illustre, esa Numancia de Oriente, llamábase Asemonta.

Grande ejemplo daba Asemonta á todo el imperio.



Mas, desgraciadamente, nadie se inspiró en él. Así es que el tremendo caudillo de los Hunos hizo cuanto quiso de aquella envilecida sociedad.

Un miserable que dominaba al Emperador, y cuyo nombre era Crisafo, propuso como remedio supremo el asesinato de Atila.

Este proyecto criminal fué aceptado.

Crisafo, dándose aires de hombre diplomático, indicó el proyecto al intérprete Vigilio y al huno Edecon, embajador de Atila.

No creo oportuno referir con estension todas las peripecias que surgieron en este asunto, y que cuenta detalladamente un testigo presencial, el célebre historiador Prisco.

Solo consignaré que Crisafo creyó que Edecon era un instrumento ciego de sus designios, y lejos de ser así resultó todo lo contrario.

En efecto, tan pronto como llegó á presencia de Atila comunicó todo lo proyectado en el palacio imperial.

El embajador que Teodosio mandaba al bárbaro era un hombre de corazon verdaderamente grande á pesar de tener una edad avanzada.

Llamábase Maximino é ignoraba de todo punto el infame proyecto del cobarde Crisafo.

Despues de mil contingencias, Maximino llegó á la presencia del mónstruo y, con majestad pasmosa, le



dirigió las significativas palabras que pongo á continuación: «Campeon de las grandes soledades, pido al cielo que te otorgue la fortuna á que eres acreedor.»

La indignacion del bárbaro se desbordó sobre Vigilio. «Cobarde ó traidor, le dijo con acento imponente, para vivir te arrastras á los pies de cualquiera, como si ignorases que tu miserable carne causaria asco á los cuervos hambrientos.»

Atila que admiraba el valor de Maximino, le dió una fuerte escolta para que efectuara su regreso. Con él iba Orestes, su embajador, que llevaba el encargo de participar á Teodosio la indignacion del caudillo de los Hunos.

Orestes anunció al Emperador que el único medio de calmar las imponentes iras de su jefe era entregar á Crisafo á la justicia de los Hunos.

Así marchaba el imperio desde que la grande Pulqueria habia perdido su influencia al lado del Emperador.

Este no quiso imitar á los bravos de Asemonta.

Recibiendo sumisamente las inspiraciones del bajo Crisafo, resolvió mandar otra émbajada acompañada de inapreciables riquezas.

Atila saltó de gozo y, en la exaltacion que tan rico presente le producía, pronunció las siguientes palabras:

«Atila es generoso, prefiere el oro de Teodosio al



pellejo de Crisafo. Traíganme igual presente cada año y concedo la vida á Teodosio.»

No se comprende tanta cobardía en un príncipe, tanta degradacion en un pueblo.

Un aullido de un bárbaro consterna á todos los hombres y les hace temblar cual si fuesen débiles mujerzuelas.

La espada de Teodosio trazaba siempre el camino de la victoria, pero esa espada pesaba mucho para ser manejada por los débiles brazos de sus envilecidos sucesores.

El terror que los bárbaros les inspiraban apocaba su corazon, entumecia todos sus miembros y les inhabilitaba para realizar ninguna empresa salvadora.

Así es que los hijos del-Norte tenían poco que hacer para conseguir sus proyectos.

Atila suspiraba por Honoria y reclamaba con imperio su mano.

Honoria era aquella hija de Placidia que, desde el fondo de su triste soledad, envió al mónstruo su anillo.

Chateaubriand dice muy oportunamente que «aquí empieza un espíritu desconocido de la antigüedad y que anuncia la Edad-Media en la que todas eran aventuras.

»Las mujeres disponian de los imperios. Placidia, hermana de Honorio y cautiva de un godo, ascendió al tálamo de este godo que aspiraba á la púrpura. Pul-



queria, hermana de Teodosio II, llevó en dote á Marciano el Oriente y Honoria, hermana de Valentiniano II, quiso dar el Occidente á Atila.

»Eudoxia, hija de Teodosio II y viuda de Valentiniano III, llamó á Genserico á Roma y Eudoxia, hija de Valentiniano III, dió su mano á Hunerico hijo de Genserico.

»Las mujeres, pues, unieron el mundo antiguo al mundo nuevo, y al firmarse esta union de que hemos nacido nosotros, las dos sociedades se repartieron las ocupaciones de los sexos. La antigua tomó la rueca y la moderna la espada.»

Estas observaciones del distinguido escritor francés son, sin duda alguna, muy oportunas.

Despues de tantas humillaciones sucumbió Teodosio.

El repugnante Crisafó se propuso sucederle. Todo al parecer estaba arreglado.

Acompañado de los miserables que le prestaban apoyo juzgaba segura su exaltacion al s6lio.

Mostrábase lleno de gozo, y recibia con placer las felicitaciones de sus bajos aduladores.

En esta situacion se encontraban las cosas, cuando Pulqueria, con una entereza digna de los mas grandes héroes, sorprende al miserable, le habla de sus iniquidades, le acusa de haber perdido al imperio y concluye por sujetarle á la accion de la justicia.



Este miserable tuvo una muerte digna de los crímenes que perpetrara.

La vírgen Pulqueria es emperatriz, el pueblo la aclama con delirante entusiasmo, y, desde luego, cree ver en su aparicion el preludio infalible de su felicidad y ventura. Pero Pulqueria necesitaba un hombre de corazon que la ayudase á sostener la pesada carga del imperio.

El Estado se encontraba en plena decadencia; las calamidades le habian surcado en toda su estension, y como si esto no fuera bastante, enjambres de bárbaros, atraídos por la cobardía del poder fenecido, mostrábanse dispuestos á precipitarse sobre él con la ligereza que el buitre se lanza sobre el cadáver.

Era necesario obrar con prontitud y hacer frente al aluvion de desastres que se echaba sobre el trabajado Oriente.

Pulqueria está convencida de que todos los que la rodean son unos miserables educados en la escuela del vicio, destituidos de todo valor y acostumbrados solamente á satisfacer sus mas bajas pasiones. Comprende que el imperio vacilante necesita un brazo de hierro que le sostenga, y que haga retroceder á sus orígenes el torrente bárbaro que estaba á punto de arrastrarlo todo al abismo de la perdicion.

¿Qué hombre será agraciado con la eleccion de Pulqueria?



No olvidemos que ella fué la que encumbró á una niña desgraciada al elevado trono de los Césares, y, de este modo, no nos producirá sorpresa ver á un hombre oscuro convertido en esposo de la emperatriz, en jefe de aquel gigantesco Estado.

La nieta augusta de Teodosio el Grande, á su vastísima compresion y rara energía, juntaba un conocimiento profundo de los humanos corazones.

Era implacable enemiga de los vicios, y por esto apartaba de su lado á los que tenían la desdicha de rendirles vasallaje. Amaba con entusiasmo á la virtud, y por esto arrancaba al virtuoso de la oscuridad de la pobreza para colocarle en las altas regiones de la gloria.

Con estos antecedentes no puede causarnos estrañeza ver elegido emperador á un pobre, á un oscuro, á un desconocido soldado que llevaba por nombre Marciano.

Era cristiano fervoroso y bizarrísimo soldado.

Sus antecedentes eran muy misteriosos.

Refieren muchos historiadores que cuando Marciano abandonaba la casa paterna para ingresar en los ejércitos imperiales vió, con espanto, tendido en la vía un cadáver horriblemente mutilado.

Marciano, lleno de caridad cual otro Tobías, rogó por aquel infortunado y, despues de cumplir tan loable acto, empezó á darle sepultura cariñosa.

Mas hé aquí que cuando practicaba esta obra admi-



rable de misericordia, acuden varias personas que le acusan de asesino.

Conducido ante la justicia concluyó por ser condenado á pena de muerte.

Pero Dios no abandona jamás á los que, impulsados por su amor, realizan actos heróicos de caridad.

El hizo descender de los cielos á Rafael el arcángel para que llenara de felicidad y consuelo á la atribulada familia del admirable Tobías; de aquel Tobías que, despreciando las órdenes de la autoridad, recogia en su pobre casa todos los cadáveres, con objeto de darles sepultura en aquellas horas en que las tinieblas aprisionan á la tierra.

Dios tampoco podia desamparar al inocente Marciano en aquel trance horrible.

Un gentío inmenso ocupaba el lugar de la ejecucion.

Casi nada faltaba ya para que el misericordioso Marciano dejase de existir, cuando una voz enérgica, interrumpiendo el silencio pavoroso que precede siempre á tan lúgubres actos, asombra á los circunstantes con estas ó parecidas palabras. «Ese hombre es inocente: yo soy el único autor de ese crimen que os consterna.» El asombro que tales palabras produjeron en las muchedumbres no impidió que Marciano fuese aclamado y conducido como en triunfo.

El bondadosísimo Jesus no abandona nunca á los



que ejercitan la hermosa virtud de la caridad con sus prójimos vivos ó muertos.

¿Quereis saber alguna otra cosa extraordinaria de este soldado cristiano? Pues escuchad.

Despues del desastre de Hipona, el feroz Genserico se fijó en un soldado que yacia tendido con tranquilidad pasmable, mientras un águila descomunal, colocada sobre su cabeza, agitaba las alas como hermosos abanicos, cual si tuviera la mision de preservar al afortunado soldado del calor horrible que todos experimentaban.

El indomable jefe de los vándalos quedó aturdido al contemplar tan raro espectáculo.

Lleno de impaciencia, marcha en busca del soldado y con acento tembloroso le dice: «¿Cómo te llamas?» «Marciano» contesta el interrogado con majestad asombrosa. «Estás en libertad, le dice el vándalo, pero si algun dia eres Emperador acuérdate del singular favor que te dispenso, y no riegues ningun suelo con sangre de mi raza.»

Este es el hombre á quien Pulqueria dió su mano con la condicion precisa de permanecer vírgen.

Dos palacios albergaban las virtudes de los nuevos emperadores.

Pulqueria seguia consagrada á Dios, y el imperio empezaba á disfrutar los beneficios de la paz y de una buena administracion.



Pretender referir las reformas que introdujo en todos los ramos el probo Marciano, sería tarea muy difícil de desempeñar.

Fué siempre verdadero cristiano y, como tal, no se cuidó mas que de la felicidad del imperio y del alivio de los pobres á los que conceptuaba como hermanos.

La síntesis de su reinado puede reducirse á estas breves frases: «Amó la justicia y odió la iniquidad.»

Para que este reinado fuera enteramente feliz, Atila suspendió sus correrías por el Oriente.

El bárbaro quiso intimidar al Emperador con pretensiones exageradas y amenazas espantosas. Le pareció, sin duda, que trataba con algun Teodosio II ó con otro Crisafo. Se equivocó completamente.

A Marciano no le intimidaba la guerra. Habíase educado en los campamentos, y batídose con sin igual bizarría en las terribles batallas que entonces se libraron.

Así es que, á las pretensiones del huno feroz, contestó con una comunicacion enérgica que terminaba de esta manera: «Tengo oro para mis amigos y hierro para mis enemigos.»

Pronto comprendió el jefe de los Hunos que las cosas habian cambiado en Oriente de una manera radical, y que una nueva invasion, probablemente, se estrellaría contra la limpia espada del nuevo Emperador.

Por esto, sin duda, cambió de direccion y pasó á



Occidente con objeto de convertirle en espantoso lago de sangre.

A pesar de la debilidad que aún sentia el imperio, Marciano socorrió á Valentiniano con legiones perfectamente organizadas que causaron á los hunos pérdidas considerables.

Mucho indignó al bárbaro este proceder del esposo de Pulqueria.

Como dije en mi discurso anterior, juró anegar en sangre al oriental imperio y sepultar á Marciano entre las ruinas de la esplendorosa Bizancio.

Mas Dios, como oportunamente vimos, le sumió en los abismos de la muerte.



## CAPITULO XI.

Gerónimo.—Sus grandezas admirables.—Saludo de amor que dirigia al preclaro Agustino.—Estado de su cuerpo y de su espíritu en la espantosa soledad que ocupaba.—Grandeza de las obras de la humildad y pequeñez de las cosas humanas.—Consideraciones estensas sobre este punto.—Gerónimo, verdadero rey de su época.—Roma es distinguida por la Providencia hasta en su destruccion.—Las tres grandezas que, entonces, se presentaron á la vista del observador.—Estado horrible de aquella sociedad.—Los dos diluvios.—Unos párrafos del último y admirable discurso que pronunció el sublime Agustino.—Beneficios que los hijos de la Cruz prestaron á la humanidad.

---

Sería un crimen pasar mas adelante, sin escribir en estas páginas un nombre ilustre hijo de la fe, cuya pluma de fuego redujo á pavesas errores numerosos tenazmente sostenidos por inteligencias depravadas.

Todos comprenderán que me refiero á Gerónimo.  
¡Qué alma, qué corazon, qué inteligencia tenia el grande Gerónimo!

Abandonando los ruidos mortificantes de una sociedad que le amaba, se retiró á la soledad y la pobló con incontables suspiros y la fertilizó con las aguas que manaban incesantemente sus ojos entristecidos.

Sus penitencias hacen recordar á aquel Pablo que se vestia con las hojas de una palmera hospitalaria; sus pasiones violentas traen á la memoria á aquel An-



tonio de Alejandría que, para apartarlas de su lado, tomaba por lecho el horrible albergue de los muertos.

Cuanto mas pavorosa es la soledad que ocupa, mas hermosos son sus pensamientos y mas encantadoras sus imágenes. Bien puede decirse que es como ruiseñor que cuanto mas grande es la soledad que le rodea, mas dulces son sus cantares, mas melodiosos sus trinos.

Sus palabras tienen la fuerza del huracán, consternan y luego arrebatan con ímpetu los corazones.

No sé por qué me parece ver agitarse en Gerónimo el espíritu de Elías, aquel espíritu que arrebatava la impiedad de las vias santas, cual viento asolador arrebatava tambien el polvo de los caminos y las hojas de los árboles.

¡Agustino en Africa, Gerónimo en Asia! ¡Qué figuras mas resplandecientes en medio de la oscuridad que envolvía á la tierra! Sus voces, dominando los aullidos aterradores de los bárbaros, llenaban de consuelo al mundo despavorido é imprimian en todos los corazones el deseo ferviente de conquistar la felicidad eterna.

A pesar de las distancias y de las catástrofes que trabajaban al mundo, estos dos génios iluminaban aquella oscuridad para dirigirse cariñosos saludos.

Parecíanse á los relámpagos que brotan de las mas negras tinieblas, cual si quisieran saludar á los que, constantemente, aparecen iluminando otros puntos de la atmósfera.



Ved qué rayos de amor dirigia Gerónimo al inolvidable hijo de Mónica. «Por escelente en toda virtud eres aclamado: los católicos te nombran y rinden veneraciones como fundador de la fe antigua de Cristo; y la seña de tu mayor gloria es que todos los herejes te miran con fatal odio.»

A estos saludos, Agustino el grande contestaba con tiernísimas espresiones, hijas del amor de Cristo, que ponian de relieve la virtud sobresaliente y la sabiduría profunda del austero anacoreta de la gruta de Belen.

Ved cómo saluda á Gerónimo. «Aunque en la categoría de los nombres obispo es mas que presbítero, sin embargo Gerónimo es mucho mas grande, sábio y virtuoso que el obispo Agustín.»

Pero suspendamos por un momento nuestras pobres consideraciones para que Gerónimo nos descubra el estado de su cuerpo y la situacion de su espíritu en la espantosa soledad que ocupaba. Escúchenle con atencion los que hacen de su cuerpo una especie de ídolo, al que abruman con todos los atavíos y sofocan con todos los perfumes. Oidle pues. «Allí viví solo porque mi alma rebosaba de amargura. Tenia el cuerpo tan asqueroso por el saco que le cubria y ennegrecióseme tanto la piel con los ardores del sol que parecia un etiope.

»Pasaba dias enteros llorando, suspirando, pensan-



do en mi vida pasada, y si, á pesar mio, cedia al sueño, tendia en el desnudo suelo mi cuerpo tan demacrado que los huesos se sostenian unos á otros.

»No hablo del comer ni del beber; baste decir que entre los reclusos de aquella soledad, ni aun los enfermos beben mas que agua fria, y que allí es un regalo el comer algo cocido.

»Ardiente y apasionado, solitario, echando menos el mundo en el yermo, y el yermo en el mundo: caminante que busca albergue en todas partes, y se sobrecarga de trabajos como se cubre de arena, para ahogar lo que ahogar no puede, marinero náufrago, peregrino salvaje y desnudo, llevé mis dolores á los lugares donde padeció el Hijo del hombre, y, agobiado de recuerdos, apenas podia sostenerme al pie de la Cruz. ¡Cuántas veces desde mi retiro al desierto imaginé hallarme todavía entre las delicias de Roma! Tenia el rostro surcado por los ayunos y mi alma empero ardía en el fuego de la concupiscencia, en un cuerpo falto de calor. Muerta estaba ya mi carne antes de la destruccion completa del hombre, y mis pasiones aún hervian. No sabiendo, pues, dónde hallar socorro, postrábame á los pies de Jesus Crucificado, regábalos de lágrimas, enjugábalos con mis cabellos, y esforzábame para sujetar esta carne rebelde, pasando semanas enteras sin comer. Huia de la celda como de una peligrosa confidente de mis devaneos, y me internaba en los desiertos mas



horrorosos: si reparaba en algun tenebroso barranco, en algun peñasco herido del rayo, lo elegia para orar y convertirle en cárcel de mi miserable cuerpo.

»Y Dios es testigo de que tras copiosas lágrimas, alzados los ojos al cielo durante largo espacio, á veces se me figuraba estar entre los coros de los ángeles. Entonces, henchido de inefable júbilo, cantaba al divino consolador: Tras ti corremos al olor de tus perfumes.»

¿No es verdad que en el solitario de la gruta de Belen resplandece la grandeza de los hijos de la Cruz? ¿No es verdad que en aquella soledad, mas grata al espíritu cristiano que la tierra en que se agitó su cuna, parece que el austero hijo de Hungría se llenó de aquel espíritu que animó siempre al sublime vate del Carmelo? ¡Vate ilustre, cuya palabra abria y cerraba el seno de las nubes, atraia fuego devorador, ahuyentaba la muerte y realizaba todos los portentos imaginables! y como si esto no fuera bastante, el cielo le preparó una carroza de fuego y en ella trepó por las alturas celestes para precipitarse despues al insondable abismo de los designios eternos.

Sí: en aquella gruta amada, Gerónimo experimentaba las dulzuras que proporciona siempre á sus devotos el consolador divino.

Ya se ve, era tambien el punto que escogió el rey de los siglos para hacer su aparicion en la tierra. Allí



se humilló hasta el último límite. El que todo lo puede, con objeto de que sus humillaciones fueran la escala santa por la que ascendiera á las mansiones de la dicha eterna la afligida posteridad de Adan.

¡Qué inspiraciones mas sublimes tendria en aquella adorada soledad el virtuosísimo, el austero, el santo Gerónimo! ¡Ah! ¡Qué grande es este hombre encerrado en la gruta de Belen! ¡Qué pequeñas aparecen las grandezas de la tierra cuando el espíritu, desprendiéndose de los harapos asquerosos de la materia, contempla serenamente el cuadro que ofrecen los hijos de Jesus, navegando por un mar proceloso que no tiene mas faro que una pobre cruz! ¡Qué efímeras son las obras de la soberbia y qué imperecederas las obras de la humildad!

Contemplad las grandezas de la época en que Gerónimo asombró al mundo con sus austeridades, y nada vereis.

Solo en la historia que, cual tumba gigantesca, guarda los recuerdos de todas las edades, lograreis leer el nombre de los poderes derruidos, las causas que los precipitaron al abismo de la nada y el tiempo en que se efectuó su destruccion. Así tambien la fria lápida, tendida en silencioso cementerio, hace ver al entristecido observador el nombre de aquella criatura, convertida en pasto de gusanos repugnantes, y el tiempo en que descendió al pavoroso seno de la tierra.



De aquella púrpura no queda un giron, de aquellas grandezas no resta ni aun polvo, de aquellos nombres célebres solo permanece un rumor que se rezaga cada vez mas en el camino de los siglos, cual viajero enfermo que languidece á medida que se aleja del hogar amado, hasta que concluye por sumirse en la soledad de la muerte.

¡Pero cuán diferente aspecto presentan las obras de la humildad! Pobres en su origen, escarnecidas, perseguidas quizá, álzanse sobre montones de siglos con mas gallardía que el hermoso cedro se alza sobre la cumbre santa del glorioso Libano.

A medida que se apartan de su origen, se agrandan y adquieren proporciones colosales.

Parécense á esos rios que tienen por origen unas cuantas gotas de agua y, sin embargo, alejados de él se convierten en furiosos abismos y arrastran inmensos caudales de agua con una majestad que desdeñaría la soberbia del Océano.

¡Qué contraste! Las obras de los hombres se debilitan á medida que se alejan de su origen, hasta que, por fin, son pulverizadas por el martillo de los tiempos.

Las obras de Dios, por el contrario, se agigantan con el paso de los siglos, y se burlan de las catástrofes que sepultan imperios y robustas instituciones.

Los hijos de la humildad pasan su vida, general-



mente, á la sombra del olvido social. Viven siempre en la agradable soledad del amor divino y sus virtudes preciosas son desconocidas. Son flores solitarias, cuya belleza y suavísimos perfumes no pueden ser apreciados. Son estrellas colocadas en la cúspide del cielo, cuya hermosura y magnitud tampoco puede distinguir la limitada vista del hombre.

Mas dejad que esos hijos de la humildad desciendan á la tumba y vereis qué presto florece su memoria en todos los climas.

Semillas santas, rasgan el seno de la tierra para ostentar á la vista de todas las generaciones frutos celestiales de duracion eterna.

Su tumba se convierte en foco de hermosa luz que ahuyenta las tinieblas del camino de la vida y acompaña sin cesar á las afligidas criaturas en su triste peregrinacion por esta tierra inhospitalaria.

Su memoria, embalsamada por las auras de la eternidad, se hace impenetrable á la corrupcion que la mano de los tiempos deposita en el seno de todas las obras humanas.

En cambio los hijos de la soberbia quedan envueltos para siempre en las tinieblas pavorosas de la muerte.

Nada importa que esos hombres hayan tenido en sus manos los destinos de pueblos poderosos, ni que hayan bajado á la tumba agobiados con el peso de to-



dos los honores humanos. Su memoria baja con ellos á la tumba, y de allí no sale jamás. Son como piedras colosales lanzadas al fondo del abismo que descienden rápidamente para no volver á ser vistas jamás.

Esto no tiene escepcion.

El hombre, siempre limitado, padece en este particular equivocaciones lamentables.

Suspira por la inmortalidad y cree conquistarla sentándose en esos lugares en que se dice tienen albergue las glorias de la tierra.

De nada le vale la esperiencia, olvida completamente la historia, y sin fijarse en que existencias, infinitamente mas brillantes que la suya, se apagaron totalmente para no volver á despedir ningun fulgor, se agita en todos los terrenos y hasta sacrifica su conciencia por adquirir una gloria que pasa con mas ligereza que la nube veloz.

¡Náufrago nécio que en vez de asirse con toda su fuerza á la tabla de salvacion, marcha á sentarse en la graciosa isleta que forma la blanca espuma, creyendo ¡insensato! que sobre esa espuma podrá caminar majestuosamente por la agitada superficie de los mares á guisa del Neptuno mitológico!

De nada le vale tampoco ver convertidos en objeto del amor universal á innumerables criaturas que pasaron su vida ignoradas, desconocidas de todos, á causa de haber andado siempre á la sombra de la humildad.



Ningun efecto le producen tan elocuentes enseñanzas y, sin preocuparse con ninguna idea verdaderamente grande, marcha gozoso á hundirse en el abismo en que se hundieron tambien los numerosos ilusos que le han precedido. ¡Y este es el hombre! Busca la inmortalidad, y para conquistarla adopta los medios que la hacen imposible.

El hecho universal, la verdad inconcusa es que los hijos de Cristo viven siempre en la memoria de las gentes. Cada siglo que pasa se presenta á los ojos del pensador como un gigantesco escalon que los encumbra mas en las inconmensurables alturas de la eternidad.

Y tambien es un hecho universal, y una verdad inconcusa, que el hijo del orgullo se oculta para siempre entre los negros pliegues de la muerte.

Su memoria se borra del mundo, y cada dia que transcurre es como oscuro nubarron que le envuelve, impidiéndole ser contemplado por ese mismo mundo, cuyos aplausos solicitó con tan servil empeño.

Esto dice la historia; esta triste verdad anuncia la esperiencia de todos los dias.

Si despues de ejemplos tan espléndidos, el hombre se empeña en caminar con tanto afan por esas vias engañosas, preciso será convenir con nosotros en que la razon humana es sumamente pobre é insuficiente para conducir las criaturas al tranquilo puerto de la felicidad.



Suspendamos estas consideraciones que nos han parecido muy pertinentes, y volvamos á dedicar breves líneas á ese gigante de la inteligencia, al grande Gerónimo. Difícil sería esponer aquí las grandezas admirables que adornaron á tan austero varon.

Metido en una gruta parece, sin embargo, el rey de su época. Todos le consultan y nadie hay que no le pida consuelos á fin de soportar las terribles calamidades que desolaban al mundo de entonces.

Los Leones, Ambrosios, Agustinos, Gerónimos y otros mil héroes puede asegurarse que fueron las columnas firmísimas que sostuvieron á aquel mundo gigantesco que se hundia al terrible peso de los castigos eternos.

En verdad que Roma fué distinguida por la Providencia hasta en la destruccion de su inmenso poderío.

No tuvo la desgracia de ser hollada y escarnecida por un pueblo afeminado y lleno de corrupcion. Dios la evitó tal desdicha.

Sin duda para que todo fuera grande y estraordinario en la ciudad dominadora del mundo conocido. El Eterno preparó legiones de gigantes para que la sepultaran en el abismo de sus grandezas.

El fin de Roma es estraordinario, como estraordinario fué su poderío.

Si durante su vida política fué un gigante que avalló toda la tierra, en su muerte, gigantes espantosos



fueron tambien los que recibieron el encargo de poner el sello á su dominacion. Tuvo un fin digno de su larga vida.

El mas jigantesco de los imperios no podia ser enterrado sino por los jigantes mas descomunales de la humanidad.

El ser vencido por jigantes no es deshonoroso. Lo denigrante, lo que deshonra y humilla para siempre, es el ser vencido por un pueblo degradado y roido por todos los vicios.

El ser enterrado por un Atila, un Alarico, un Genserico y por otros terribles instrumentos de la justicia divina inmortaliza á un pueblo.

Roma no puede estar quejosa de la Providencia. Al contrario debe darle gracias incontables, porque para efectuar su destruccion envi6 á hombres desconocidos, á seres extraordinarios que traian el encargo de cavarla una sepultura digna de su grandeza y de su larga vida.

Pero otra gloria mas grande tiene todavía este imperio providencial. Tiene la gloria de que sus desgracias y funerales fueran cantados, en tono sublime, por los hombres mas preclaros y distinguidos de la humanidad.

La horrible agonía que sufrió fué endulzada con los sublimes y preciosos cantos que la dedicaban los gé-nios del Cristianismo.



¿Quereis presenciar un espectáculo conmovedor? Pues escuchad una voz dulcísima que sale de la ardiente region africana, y que en tono tristísimo dice las siguientes palabras: «Tan grande es la incertidumbre de las cosas de este siglo, con tanta frecuencia vemos caer á los príncipes de la tierra, que los que cifran en ellos sus esperanzas ni siquiera alcanzarán la seguridad del sepulcro. Corren horribles nuevas: solo suenan voces de mortandad, incendio, rapiña, esterminio.

«¡Gemimos, lloramos y no seremos consolados!»

Todos reconocerán en este lenguaje sublime al grande, al eximio, al santo Agustino.

Mas seguid escuchando, y oireis otra voz que sale de una gruta y que parece tiene el propósito de contestar á los suspiros de Agustino. Esa voz, mas melancolica que los ayes del moribundo, dice lo que sigue: «¡Ay de los que se lamentan, ay de los que lloran, ay de los que les escuchan!

»Todos lloramos, pero en silencio, y hasta peligraría el que nos oyese llorar. ¡Se nos prohíben los gemidos!»

Pero no se contenta con esto; sigue narrando infortunios y entre otras cosas dice..... «¡En las ciudades el hambre; fuera de ellas la cuchilla! Tanto tiempo há que lloramos que las lágrimas se han secado en nuestros ojos!»

Decidme, ¿no os parece que ha resucitado el vate



de la amargura, el afligido Jeremías con objeto de cantar la ruina del universo?

¡Ah! estos cantos, mas tristes que toque de agonía, los lanzó á los aires el penitente Gerónimo y, despues de tantos siglos, suenan en nuestros oidos con un encanto difícil de esplicar.

¡Qué grandezas mas admirables se presentan en este período á la vista del observador!

La grandeza de la barbárie, dignamente representada por Atila y demás jefes de los pueblos del Norte. La grandeza del envilecimiento, representada por aquel colosal imperio que rápidamente se desmoronaba, y la grandeza de la virtud y del saber, admirablemente representada por los Agustinos, Gerónimos y otra multitud de héroes santos.

Virtud y sabiduría celestiales, barbárie consternadora, degradacion inconcebible; hé aquí las tres señales clarísimas que distinguen á esa época; hé aquí los tres puntos que aparecen incrustados en su tormentoso cielo; hé ahí la síntesis de la historia en aquel revuelto período.

Agustin, Atila y Arcadio, hé ahí los tipos de aquella época, hé ahí los grandes representantes de las ideas que se agitaban por aquel desierto de ruinas.

Agustin sacude su inteligencia por toda la tierra para depositar en ella semillas civilizadoras. Atila la surca de catástrofes y Arcadio permanece inmóvil en



sus doradas mansiones como repugnante cadáver tendido en vistoso féretro.

La Iglesia se agita con actividad pasmable por contener los desoladores torrentes de la barbárie, ésta marcha rauda como rayo de la ira divina para convertirlo todo en ligero polvo, y mientras tanto el antiguo mundo romano yace tendido en la triste soledad de los recuerdos, cubriendo su horrible desnudez con la rasgada púrpura de los Césares.

Es como desdichado que, á punto de espirar en el abrasado desierto, escucha con indiferencia el imponente rugido de la fiera que hiere su oído moribundo, ó como pobre soldado que, herido de muerte en sangrienta lid, presencia con tristísima impasibilidad los combates horribles que, en su derredor, se traban, ó como náufrago moribundo que, escupido á la playa solitaria por el capricho de las olas, parece burlarse de la tempestad desencadenada que llena de furoros los anchurosos senos del mar.

Este fué el estado del mundo durante ese acontecimiento pasmoso que lleva por nombre irrupcion de los bárbaros.

Estado horrible jamás presenciado por la humanidad y que, probablemente, no volverá á presenciarse.

Dos diluvios espantosos, dos catástrofes aterradoras han arrancado del mundo todo lo que en él yacía enclavado.



de la amargura, el afligido Jeremías con objeto de cantar la ruina del universo?

¡Ah! estos cantos, mas tristes que toque de agonía, los lanzó á los aires el penitente Gerónimo y, despues de tantos siglos, suenan en nuestros oidos con un encanto difícil de esplicar.

¡Qué grandezas mas admirables se presentan en este período á la vista del observador!

La grandeza de la barbárie, dignamente representada por Atila y demás jefes de los pueblos del Norte. La grandeza del envilecimiento, representada por aquel colosal imperio que rápidamente se desmoronaba, y la grandeza de la virtud y del saber, admirablemente representada por los Agustinos, Gerónimos y otra multitud de héroes santos.

Virtud y sabiduría celestiales, barbárie consternadora, degradacion inconcebible; hé aquí las tres señales clarísimas que distinguen á esa época; hé aquí los tres puntos que aparecen incrustados en su tormentoso cielo; hé ahí la síntesis de la historia en aquel revuelto período.

Agustin, Atila y Arcadio, hé ahí los tipos de aquella época, hé ahí los grandes representantes de las ideas que se agitaban por aquel desierto de ruinas.

Agustin sacude su inteligencia por toda la tierra para depositar en ella semillas civilizadoras. Atila la surca de catástrofes y Arcadio permanece inmóvil en



sus doradas mansiones como repugnante cadáver tendido en vistoso féretro.

La Iglesia se agita con actividad pasmable por contener los desoladores torrentes de la barbárie, ésta marcha rauda como rayo de la ira divina para convertirlo todo en ligero polvo, y mientras tanto el antiguo mundo romano yace tendido en la triste soledad de los recuerdos, cubriendo su horrible desnudez con la rasgada púrpura de los Césares.

Es como desdichado que, á punto de espirar en el abrasado desierto, escucha con indiferencia el imponente rugido de la fiera que hiere su oído moribundo, ó como pobre soldado que, herido de muerte en sangrienta lid, presencia con tristísima impasibilidad los combates horribles que, en su derredor, se traban, ó como náufrago moribundo que, escupido á la playa solitaria por el capricho de las olas, parece burlarse de la tempestad desencadenada que llena de furoros los anchurosos senos del mar.

Este fué el estado del mundo durante ese acontecimiento pasmoso que lleva por nombre irrupcion de los bárbaros.

Estado horrible jamás presenciado por la humanidad y que, probablemente, no volverá á presenciarse.

Dos diluvios espantosos, dos catástrofes aterradoras han arrancado del mundo todo lo que en él yacía enclavado.



El primero convirtió la tierra y hasta la region de los aires en depósito de aguas. El segundo la trasformó en desierto pavoroso ocupado solamente por cadáveres.

En el primero Dios se valió del agua para limpiar las negras manchas que la prevaricacion habia impresso en la tierra. En el segundo fué la sangre la que fertilizó el campo de la humanidad, esterilizado por el calor de tantos vicios.

En el primero un arca flotó sobre aquella inmensidad de aguas, en el segundo una barquilla misteriosa surca impávida aquel desierto de sangre, recogiendo en su seno á todos los que no habian perecido, y aplacando al mismo tiempo el furor de los que, con justa razon, se titulaban azote de Dios.

Así limpió el Señor la tierra y la dejó purificada para que la habitasen criaturas que no habian rendido homenaje á la iniquidad.

En esta segunda catástrofe no preguntéis tampoco por ciudades célebres, ni por monumentos admirables, ni por ninguna de aquellas cosas que causaron la admiracion de la antigüedad.

Todo ha sido demolido, nada existe ya. Si quereis formar una idea de tanta desolacion, escuchad las siguientes palabras que, desde la alta cátedra de la verdad, dirigia al mundo el excelso Agustin.

Escuchadlas atentamente pues tienen un mérito inapreciable.



En efecto, el discurso de que están sacadas fué el último que pronunció aquel gigante de la virtud y de la ciencia en aquellos dias críticos, en que su ciudad amada se veia asediada por enjambres de bárbaros y entregada á todas las calamidades.

Escuchad el último canto que lanzó á los cuatro vientos esta ave divina momentos antes de emprender su vuelo á las regiones de la bienaventuranza. «Todas las veces, hermanos carísimos, que por justos juicios de Dios padecemos adversidades, no debemos atribuir-las á la divina Justicia que nos castiga, sino á los pecados nuestros; porque como dice el Apóstol, no es Dios inícuo cuando muestra su ira, sino que el mundo la pide, clamando sus malas obras por el merecido castigo. Y si Dios no fuese tan recto juez ¿cómo juzgaria al mundo? ¡Oh infelicidad humana! ¡Que siendo tan acerbo el mundo, tenga de ser tan amado!

»A vosotros, amantes del mundo, habla la verdad; decidme: ¿A dónde está lo que tanto amásteis? ¿Dónde lo que tanto estimásteis? ¿A dónde lo que tanto apetecisteis? ¿Qué se hicieron los deliciosos campos del Africa y sus fértiles provincias? ¿Quién arruinó tantas ciudades hermosas?

»Esto lo predico llorando mucho mas que reprendiendo; y si causaría grave dolor solo el oirlo, mucho mas crecido es el daño que estamos viendo, pues en esta ciudad experimentamos un tan penoso y terrible sitio.



»Bien estais viendo tantos reinos reducidos á servidumbre, tantas matronas arrojadas de sus habitaciones, tantas mujeres, aun con las criaturas en sus entrañas, hechas pedazos, tantas madres despojadas de sus tiernos hijos, usurpándoseles de sus brazos y arrojándolos impiamente por los caminos, ni permitiendo criarles para vivir, ni muertos para darles sepulcro.

»Veis tantos nobles y tan ilustres señoras reducidos á tristes esclavitudes. Pues quién, viendo tal, quién escuchando tales tragedias y horrorosas fatalidades podrá templar los lamentos, sin decirle á Dios con el profeta Jeremías: ¡Oh! ¡Quién diese á mi cabeza copiosa fuente de lágrimas para llorar de dia y de noche los difuntos de la hija de mi pueblo!

»Nosotros, pues, á quienes el Señor ha reservado para dolor y arrepentimiento de nuestras culpas, no sin gran temor, debemos considerar ejemplares tan lastimosos para que sean enmienda de nuestros delitos la tribulacion y ruina de aquellos. Saquemos la medicina á nuestras llagas de las heridas ajenas. La muerte de tantos sirva de escarmiento á nuestras vidas, y siempre nos escarmiente lo que Cristo dice en su Evangelio. ¿Juzgais que estos galileos, que tal han pedido, son los pecadores mas malos? No os digo que sí; lo que os digo es, que si no hiciéreis penitencia, todos perecereis castigados del mismo modo.»



Y Agustino lloraba, y llorando siguió durante su penosa enfermedad.

Era hijo del llanto. Mónica la admirable había lavado sus culpas en los ríos que formaron sus incesantes lágrimas; y Agustino el grande quería, sin duda alguna, limpiar todos los crímenes, todas las prevaricaciones del mundo con las lágrimas que, cual copiosísimas fuentes, brotaban sus ojos entristecidos.

Dios, como dije en otro lugar, no pudo escuchar por más tiempo los sollozos de su amado, y por esto le trasladó dulcemente de aquel lugar de amarguras á la mansion de las alegrías eternas.

¡Ah! estos lamentos de Agustín y Gerónimo, también podemos reproducirlos en los aciagos tiempos que corremos.

Sí: también cada uno de nosotros puede dirigirse á Dios para decirle con el triste Jeremías: «¡Oh! ¡Quién diese á mi cabeza copiosa fuente de lágrimas para llorar de día y de noche los difuntos de la hija de mi pueblo!»

Gerónimo murió también llorando la desolación universal que, por permisión divina, realizaban los hijos del esterminio.

Estos hombres extraordinarios fueron puestos por Dios en aquellos tiempos de horribles calamidades, para que sostuvieran á la espirante humanidad, y legasen, al mismo tiempo, á las generaciones venideras el



tesoro inapreciable de su sabiduría. Sin ellos el mundo se hubiera precipitado á la sima de la barbárie, impulsado por los rudos golpes de aquellos mónstruos y por los errores mas monstruosos todavía que, con el nombre de herejías, trataban de convertir la sociedad en campo de todas las aberraciones.

Los séres privilegiados, al mismo tiempo que alentaban á la entristecida humanidad y contenian los desoladores torrentes de la invasion, sacaban triunfante la verdad santa y escribian obras admirables, no para un período determinado sino para todas las edades y para todas las circunstancias. ¡Obras portentosas que causarían pasmo á los mismos sábios de la época moderna si es que las conociesen!

De este modo hacian dos insignes beneficios; civilizaban á aquellos pueblos destituidos de toda cultura, y depuraban la verdad concluyendo por colocarla sobre la inconmovible base de la fe.

Trasformaban la barbárie de las selvas y simultáneamente aniquilaban esa otra barbárie mas espantosa y repugnante, porque se presenta cubierta con el manto de la ciencia y defendida por hombres que se titulan sábios.

Estos ligerísimos apuntes pondrán en conocimiento del observador los favores insignes que los héroes de la santidad prestaron al afligido mundo de entonces y á las generaciones venideras.



Consuelo grande es para el historiador tropezar en el árido camino de los tiempos con estos hombres que pusieron su inteligencia y todo cuanto tenían al servicio de la humanidad, sosteniéndola en medio de los mas grandes infortunios y logrando preservarla de los males que pretendia lanzar sobre ella el negro espíritu de la mentira.

Por esto su memoria santa es recogida por todas las generaciones como joya de inestimable valía y conservada íntegramente, sin que la haga perder nada de su santidad y hermosura el trascurso de los siglos.

Esa memoria, como antes dije, no pasa jamás. Compañera de todas las edades ve cómo estas se desploman en el abismo de los juicios eternos, sin que el polvo que levantan al derrumbarse logre oscurecerlas ni aun momentáneamente.

Ella es el Eden misterioso en que se recrean las atribuladas generaciones, la mística nube que las guía por derroteros limpios de escollos, el aura dulcísima que las consuela mientras dura su peregrinación por los caldeados desiertos de la vida.

¡Oh séres bienaventurados! El cielo corona vuestras virtudes; la tierra os erige altares y cada generación os consagra un himno que sube hasta vosotros por la ancha escala de la misericordia divina.



## CAPITULO XII.

Felicidad del Oriente.—Muerte de la vírgen Pulqueria.—Sentimiento de todos sus vasallos.—Escelencias de la virginidad.—Los pobres heredan todo cuanto poseia tan ilustre emperatriz.—Muerte de Marciano.—Consecuencias de tan triste suceso.—Leon de Tracia.—La infame Verina y su yerno Zenon.—Crímenes de estos séres detestables.—Muerte horrible de Verina.—Un saludo de tristeza al infortunado Oriente.

El oriental imperio siguió caminando por las vias de la civilizacion.

Alejada la corrupcion de los poderes pasados, el Estado veia germinar en su vasta estension las hermosas flores del progreso.

La vírgen Pulqueria y el humilde Marciano lo observan todo. Nada se plantea sino despues de un detenido exámen, y ninguna medida se adopta que no redunde en beneficio de los pueblos.

Con tales gobernantes la nacion habia de progresar. A pesar de los desastres espantosos que llovieron sobre ella en los reinados precedentes, vense adoptadas reformas saludables y, sobre todo, se contempla planteada la administracion mas admirable.

Desgraciadamente, este bienestar tenia que ser pasajero. Era como uno de esos meteoros que desaparecen con pasmosa rapidez.

El sol de la felicidad bañaba con sus hermosos ra-



yos todo el Oriente, pero este sol estaba en su ocaso. Iba á sepultarse ya detrás de los inescrutables designios de la Providencia, para no volver á presentarse en su firmamento.

Constantinopla alberga en su seno, quizá por última vez, una de las grandezas mas admirables y simpáticas que se presentan en la historia.

Pero esta grandeza está á punto de desaparecer.

La estrella benéfica que ha guiado al imperio va á desprenderse de las alturas del poder para ocultarse en el seno de la tierra.

La flor encantadora que, desde la primavera de su existencia, viene embalsamando, con sus hermosos perfumes, toda la estension del Oriente, está á punto de ser desmenuzada por la pesada planta de la muerte.

La hermosísima Pulqueria, aquella mujer de corazon grande que, á pesar de las grandezas que la rodeaban, se abrazó con toda la efusion de su alma á la cruz bendita de nuestro adorable Redentor, muere, pero muere llevando en pos de sí las lágrimas de todos sus vasallos y las bendiciones de la historia.

Murió vírgen y esto pone de relieve la angelical belleza de su alma y la grandeza de su corazon.

El eximio Bernardo decia que un «alma casta es por virtud lo que el Angel por naturaleza: la castidad del Angel encierra mas ventura, pero la del hombre mas valor.»



Ambrosio el de Milan dice entre otras cosas admirables que «una vírgen es un don del cielo y la alegría de sus deudos: ejerce en la casa paterna el sacerdocio de la castidad: es una víctima que cada dia se inmola por su madre.»

Aplicando esto á Pulqueria bien podemos decir que, durante su vida, fué un don precioso con que la Providencia enriqueció al Oriente, don que le llenó de alegría y felicidades. Conducto purísimo por el que Dios misericordioso mandó el bálsamo que habia de cicatrizar rápidamente las heridas abiertas al imperio en los reinados precedentes.

*Ejerció siempre el sacerdocio de la castidad*, y fué una víctima que se inmolaba cada dia por el triunfo de la Iglesia y la felicidad del pueblo que le estaba encomendado.

Por esto la Iglesia de Oriente vertió lágrimas desconsoladoras al verla desaparecer de la tierra, y para eternizar su gratitud instituyó una fiesta anual en su memoria.

Por esto tambien aquel imperio que, con pérdida tan irreparable, veia avecinarse desgracias espantosas, arrojó sobre su tumba una copiosa lluvia de lágrimas.

La consoladora de los afligidos, la hermana cariñosa de todos los pobres tenia que seguir en sus últimos momentos la conducta que habia seguido durante su existencia.



Los infortunados, que habían sido siempre sus hermanos predilectos, debían heredarla.

En efecto dejó á los pobres todo, absolutamente todo, cuanto la pertenecía.

Esta mujer ilustre entregó su alma á Dios el día 18 de febrero del año 453, cuando no contaba mas que cincuenta y cuatro años de edad.

Afortunadamente para el imperio vivía aún el honrado Marciano, el escogido por Pulqueria para empuñar la victoriosa espada de su abuelo Teodosio el Grande.

Pero Marciano no podía ser muy duradero, porque su edad, sus dolencias y los trabajos de su vida le hacían divisar muy de cerca á esa muerte implacable que todo lo arrebatara.

Cuatro años sobrevivió á la inolvidable Pulqueria. No parece sino que la Providencia le otorgó estos años de vida para dar entero cumplimiento á las disposiciones testamentarias de su augusta protectora.

Murió agobiado de tristeza. Retiróse á la tumba con la pena que se retira del campo el honrado labrador al sentir el estallido consternador de la tormenta que, quizá, tale sus tierras y torne infecundos sus trabajos y sudores.

La muerte de este hombre grande esparció imponentes tinieblas por toda la estension del imperio.

El órden, base de la felicidad social, desaparece



rápidamente y la anarquía recobra la fuerza que tuvo en los reinados precedentes.

El Oriente vuelve á rodar por la montaña de los desastres y así continuará, con ligeros intervalos, hasta que uno de los mas espantosos instrumentos de la cólera divina le contenga en ese camino peligroso para encerrarle en el círculo de su ferocidad.

Puede decirse que con Pulqueria se apagó para aquel imperio el sol de la felicidad, y que el corto período que la sobrevivió el noble Marciano es un crepúsculo triste que desaparece arrollado por oscuridad aterradora.

Muerto Marciano, un sér horrible se presenta ante el mundo cubierto con la púrpura oriental.

Tracia fué su pátria y Leon era su nombre.

Ladron magno, complaciase en robar la fortuna de sus afligidos súbditos. Este sér detestable cifraba toda su felicidad en reunir montones de oro.

No es difícil formar idea exacta de la impresion tristísima que experimentaron los habitantes del imperio con un cambio tan radical.

En el anterior reinado, los impuestos habian sido rebajados de una manera portentosa, y como si esto no fuera bastante, la emperatriz repartia á los pobres todo cuanto llegaba á sus manos.

Ahora un emperador indigno de este nombre, se lanza sobre ese mismo imperio como fiera hambrienta para chuparle hasta la última sustancia de su trabajo.



¡Pero qué inescrutables son vuestros juicios, Dios de todo poder! Ese hombre, que maltrataba á los súbditos con irritante osadía, mostró un amor inmenso á la Iglesia santa.

El emperador mas celoso no hubiera dictado disposiciones tan atinadas y loables por lo que respecta á la augusta esposa de Cristo.

Difícil nos sería describir minuciosamente las medidas que adoptó para conseguir el noble objeto que se proponía.

Para dar una idea de la conducta que, en este sentido, siguió, diremos que, durante su imperio, los dias festivos dejaron de ser profanados ni aun con el pretesto de realizar actos que podian ser necesarios para el mejor servicio del Estado. Los lugares sagrados fueron objeto preferente de su consideracion, y en todo lo que se referia á la esposa inmaculada del Cordero, mostró un celo digno del hombre mas adelantado en los caminos de la virtud.

Asombrosa es tal conducta en un emperador que desgarraba á sus pueblos con los garfios de la mas cruel avaricia, que aniquiló las provincias y ahuyentó de ellas la felicidad que disfrutaban desde el entronizamiento de la inolvidable nieta de Teodosio.

Quizá algunos se muestren sorprendidos ante conducta tan peregrina.

Si así fuera no revelarían haber aprendido las lec-



ciones de la historia. Si esta conducta les produce sorpresa, ¿qué impresion experimentarán al ver al gran devastador de la tierra, alejarse de Troyes por las súplicas de un Obispo, y despues de Roma por las observaciones de un anciano Pontífice? ¿Qué dirán al contemplar á Alarico el Segador en el saqueo de Roma, convirtiendo las iglesias de los bienaventurados apóstoles Pedro y Pablo en asilos inviolables? ¿Y qué dirian si supieran otra multitud de hechos notables que consigna la historia y que yo no puedo consignar aquí porque me haría interminable?

Dios que inspiró á los devastadores de la tierra sentimientos de amor y respeto hácia la Iglesia, hizo lo mismo con este emperador.

El que convierte el huracán imponente en suavísima brisa, el que torna purísimo y hermoso un cielo preñado de borrascas, tambien es árbitro de cambiar la voluntad de los hombres y de lanzarles por la oculta via de sus juicios.

A pesar de ser Leon un emperador tan odioso, casi puede asegurarse que su muerte fué una desgracia para el imperio, porque en pos de él vienen mónstruos que hacen recordar su reinado hasta con placer.

¿Quereis ver abyeccion y perversidad? Pues contemplad por brevísimos instantes lo que pasa á la muerte de Leon el Tracio. Dejaba éste un nieto de corta edad, hijo de un bárbaro llamado Zenon.



La viuda del emperador difunto, á quien la historia llama Verina, era mujer de corazon perverso y de costumbres corrompidas. Su maldad espantable la hacia cometer toda clase de crímenes con una indiferencia sorprendente. Esta mujer sostenia relaciones infames con su yerno Zenon, y por esto, sin duda, trabajó con tanto ahinco para entregarle la direccion del imperio.

Realizado este objeto, el yerno de Verina empezó á cometer crímenes con arrogancia insultante. Asesina al heredero del imperio, maltrata desvergonzadamente á sus vasallos, aumenta los impuestos de una manera inconcebible con objeto de estar sumido en constantes orgías y en vergonzosos placeres.

Nada le importa que los bárbaros destrocen el imperio y que en todas las hermosas regiones que le forman apliquen sus teas incendiarias.

Indiferente á todo lo que no sea crimen, orgía y disipacion, contempla tamañas desgracias con denigrante impasibilidad.

Escusado parece advertir que en las mansiones imperiales hervian las intrigas mas repugnantes.

La funesta Verina, viéndose desairada por su yerno arma una conspiracion que obliga á Zenon á huir cobardemente de Constantinopla. El apoyo de los bárbaros le hizo subir de nuevo á las alturas del poder.

La viuda de Leon el Tracio, reducida á prision,



pereció devorada por la rabia y por las pasiones mas execrables.

Zenon recogió el último suspiro de Roma por conducto de aquel Senado que en otro tiempo fuera la admiracion de la tierra.

Ha llegado el momento de hacer alto.

Estamos en la época eternamente célebre en que el mas colosal de los imperios cae, cual árbol secular, á impulsos de los golpes que sobre él descarga el hacha de los bárbaros.

Ahora tenemos que dirigir nuestra vista á una institucion admirable en la que florece la eternidad; y cuando la hayamos conducido hasta esta misma época, volveremos nuestra mirada á ese interminable desierto de ruinas, para observar si con su polvo ha realizado el Señor nuevas creaciones.

Nos despedimos por ahora del Oriente, pero nuestra despedida es triste.

Semejantes al individuo que está lleno de tristeza por tener que alejarse de la casa paterna en los momentos críticos en que la agonía se ceba en algun sér amado, así tambien nosotros abandonamos el Oriente con el corazon entristecido y con la mente cuajada de lúgubres consideraciones.

Adios, comarcas galanas, adios imperio desdichado.

Pronto volveré á contemplar tu agonía y á recojer tu postrer suspiro.



Mientras tanto, permíteme que introduzca en tu oído moribundo estas palabras desconsoladoras del admirable Juan. «¡Ay de ti, imperio encantador, porque te has convertido en morada de demonios, y en guarida de todo espíritu inmundo, y en albergue de toda ave sucia y abominable!»

¡Ay de todos los estados prevaricadores! ¡Ay de todas las criaturas si no seguimos la ley santa del Señor!







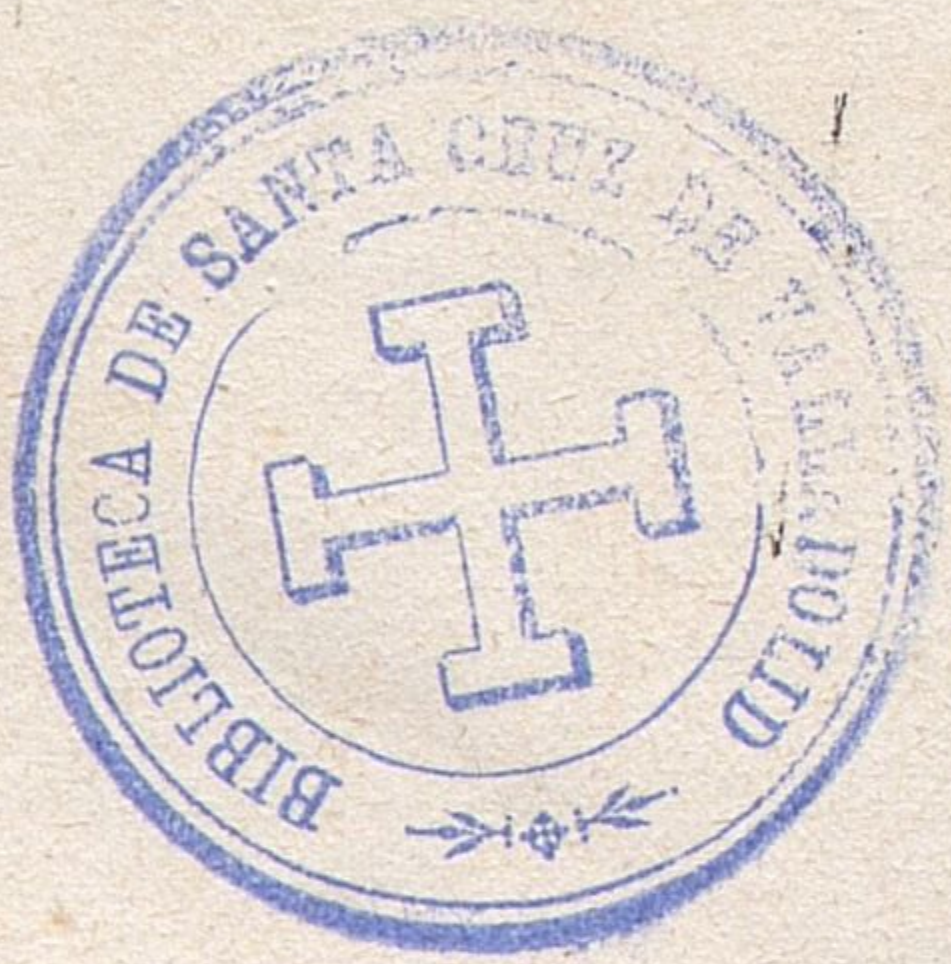


## ERRATAS DEL SEGUNDO DISCURSO.

---

| <i>Pág.</i> | <i>Lín.</i>     | <i>Dice.</i>      | <i>Léase.</i> |
|-------------|-----------------|-------------------|---------------|
| —           | —               | —                 | —             |
| 108         | 21              | destierro         | destierros    |
| 128         | 23              | fatídico          | patético      |
| 134         | 13              | Ya                | Y             |
| 143         | 7               | padre             | pobre         |
| 145         | 20              | él                | se            |
| 150         | 8               | niña              | niñez         |
| 174         | 1. <sup>a</sup> | Quítese el punto. |               |
| 175         | 18              | desdeñaria        | no desdeñaria |
| 188         | 7               | Los               | Estos         |

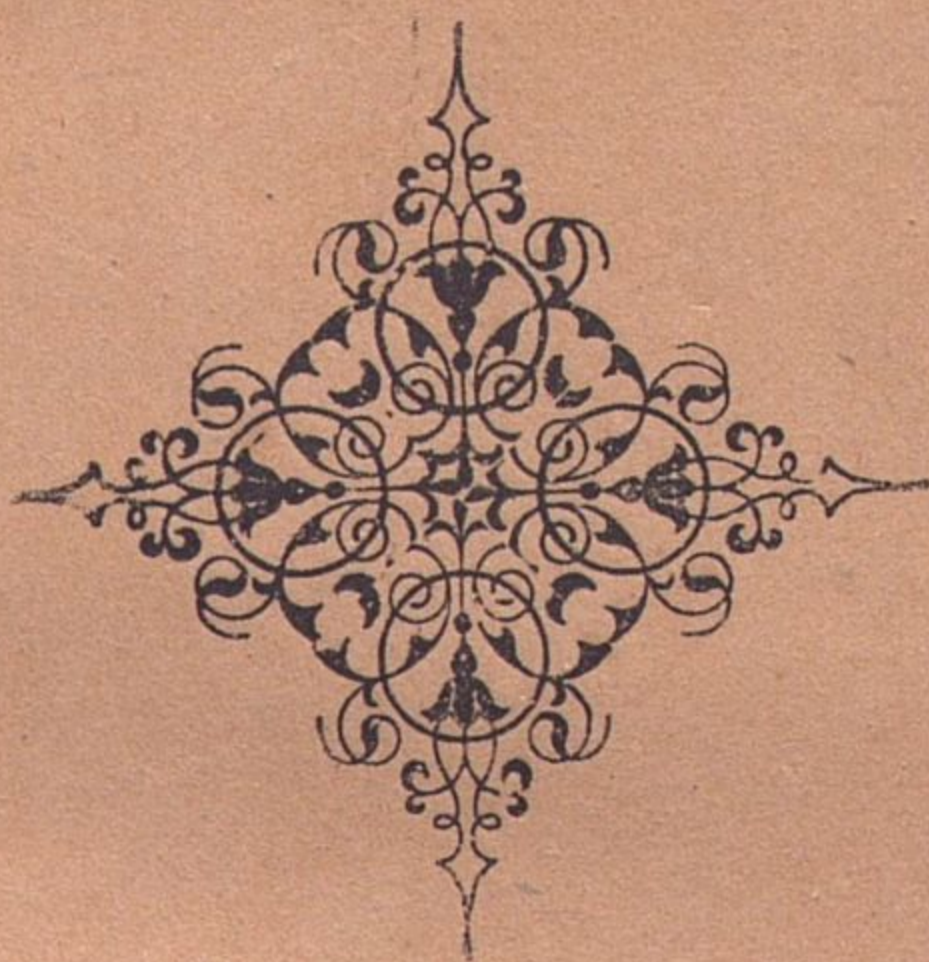






UVA. BHSC. LEG.13-2 n°1027





UVA. BHSC. LEG. 13-2 n°1027